

Concurso de
Narrativa
Breve IGN
2018

Pedro Vaquero
Víctor Olaya
Adolfo Pérez
Antonio Sáez
Luis Antonio Benítez
Alicia Alba

Concurso
de Narrativa
Breve IGN
2018

Edición digital

Concurso de Narrativa Breve IGN 2018

Editado en noviembre de 2018

Edita

© Centro Nacional de Información Geográfica (CNIG)

Autores:

Pedro Vaquero, Víctor Olaya, Adolfo Pérez, Antonio Sáez,
Luis Antonio Benítez, Alicia Alba

© **Dirección General del Instituto Geográfico Nacional (IGN)**

Diseño y maquetación:

Servicio de Edición y Trazado (IGN)
(Subdirección General de Geodesia y Cartografía)

NIPO: 162190077

DOI: 10.7419/162.01.2019

Índice

Prólogo	
Antonio F. Rodríguez	5
Variaciones gravimétricas sobre un tema de Heidegger	
Pedro Vaquero	7
Jornada laboral	
Víctor Olaya	27
XYZt	
Adolfo Pérez	35
El topógrafo, el tuerto y el perrito	
Antonio Sáez	55
La caja de las fotos	
Luis Antonio Benítez	63
El maestro de las estrellas	
Alicia Alba	73

Prólogo

Antonio F. Rodríguez

En la primera edición del Concurso de Narrativa Breve, convocado el año 2018, se han recibido un total de diecisiete originales, de los que atendiendo al prefijo del número de teléfono aportado, parece que uno procede de Italia y otro de Colombia.

El jurado estaba compuesto por los siguientes miembros:

- Margarita Azcárate Luxán. Técnico Superior del Instituto Geográfico Nacional.
- José Miguel Bel. Ingeniero Técnico en Topografía jubilado del Instituto Geográfico Nacional.
- Ana Domingo Preciado. Profesora Titular de la ETSI en Topografía, Geodesia y Cartografía de la Universidad Politécnica de Madrid.
- Francisco García Cepeda. Profesor ad honorem de la ETSI en Topografía, Geodesia y Cartografía de la Universidad Politécnica de Madrid.
- María Olanar Múgica. Responsable de la Cartoteca de la Universidad Autónoma de Madrid y profesora de Catalogación.
- Ana Velasco Tirado. Ingeniera Geógrafa del Centro Nacional de Información Geográfica.
- Antonio F. Rodríguez Pascual. Ingeniero Geógrafo y Presidente del Consejo Editorial del Centro Nacional de Información Geográfica.

Que reunidos en pleno el 26 de abril de 2018 acordaron por unanimidad que:

El relato ganador del Primer Premio del «Concurso de Narrativa Breve IGN 2018» es el titulado «Variaciones gravimétricas sobre Heidegger» de Pedro Vaquero, Ingeniero Geógrafo del IGN, por su originalidad y atrevimiento, por la perfección de su lenguaje, su erudición y lo atractivo de sus planteamientos literarios, que engarzan a la perfección un relato con detalles fantásticos, ideas filosóficas divulgadas con soltura y la pasión por los instrumentos de fotogrametría y mediciones topográficas.

El relato ganador del accésit del «Concurso de Narrativa Breve IGN 2018» es el titulado «Jornada laboral» de Víctor Olaya, conocido desarrollador de software SIG, por lo equilibrado y terso de su lenguaje, contenido y expresivo a la vez, por la elegancia de su fraseo, su amenidad y la magia que tiñe suavemente el desenlace.

Así mismo, propusieron una selección de los relatos recibidos para su publicación, entre los que la Editorial del Centro Nacional de Información Geográfica ha decidido publicar los que ahora se incluyen en esta edición.

Ha resultado muy agradable comprobar que, al menos una parte de los especialistas en describir la superficie terrestre aplicando la cartografía y ciencias afines, también están dotados de habilidades literarias para describir con solvencia mundos reales e imaginarios mediante la palabra. Lo que resulta especialmente reconfortante y consolador en unos tiempos en los que a veces parece que el dominio del lenguaje y la pericia al redactar se están olvidando. Comprobar que no siempre es así y que haya habido tantos candidatos capaces de redactar correctamente, con fluidez y propiedad para relatar historias interesantes y atractivas ha constituido un verdadero placer y una satisfacción. Esperamos que disfrutéis de estos textos tanto como nosotros.

Madrid, a 12 de noviembre de 2018
Antonio F. Rodríguez
Presidente del jurado

Variaciones
gravimétricas sobre
un tema de Heidegger

Pedro Vaquero

Variaciones gravimétricas sobre un tema de Heidegger

Pedro Vaquero

I

La culpa la tiene Heidegger. Nunca he tenido simpatía por ese filósofo, aunque sí cierta admiración por su intento de ir a las profundidades del ser humano, un laberinto del que nadie ha salido. Su Ser-ahí o *Dasein* es intrigante, pero más aún lo es su Ser-hacia-la-muerte o *Sein-zum-Tode*. La muerte y el fin de todos los proyectos y posibilidades. La aceptación de la finitud para lograr la autenticidad o *Eigentlichkeit*.

Hacía tiempo que me hallaba inmerso en un problema técnico. El Instituto Geográfico había emplazado un mareógrafo, en los años treinta del pasado siglo, en el noroeste de la península. Tras instalarlo, lo había mantenido en secreto. Desconocíamos la razón de ese secretismo, aunque contábamos con todos los datos registrados desde su instalación y con otros datos registrados por los instrumentos que le fueron sucediendo. El primer mareógrafo que allí se colocó — que más tarde desaparecería misteriosamente— fue un mareógrafo tipo *Thomson*, construido por *Negretti & Zambra* en Londres. Instrumento mecánico de flotador, con mecanismo de relojería y registro en papel sobre un tambor vertical, era una de las muchas joyas que el Instituto poseía. Como su nombre indica, estaba basado en un diseño del ínclito William Thomson —o Lord Kelvin.

La pequeña edificación que albergaba al mareógrafo estaba aislada en la costa. Nunca habíamos instalado una estación permanente de posicionamiento global por satélite, ni habíamos medido la gravedad absoluta, como

hacíamos con el resto de mareógrafos del Instituto. Sin embargo, sí habíamos realizado varias observaciones discretas de posicionamiento en sus alrededores. Se había tomado coordenadas en un amplio grupo de señales o clavos, que definían la red altimétrica local de la instalación. Esos clavos habían sido nivelados, con técnicas de alta precisión, desde el momento en que se emplazó allí el mareógrafo. De ese modo, poseíamos multitud de desniveles entre clavos, con una precisión por debajo del milímetro. La red altimétrica estaba unida a un punto nodal, el clavo *NGX012*, en el que confluían varias líneas de nivelación y del que ahora hablaré.

Todas las señales se habían observado con gravímetros relativos. Algunas eran observaciones pendulares, realizadas con el gravímetro relativo de péndulos *Sterneck*. Las guardábamos como oro en paño, pensando que pudieran haber sido realizadas, en fecha incierta, por la *Brigada del Péndulo* del Instituto. Conviene recordar que, desde su creación en 1870, el Instituto Geográfico no ha parado de realizar observaciones absolutas y relativas de la gravedad por todo el país.

El problema que habíamos detectado era que las observaciones gravimétricas y altimétricas no cerraban. Los datos gravimétricos y por tanto, las altitudes ortométricas, oscilaban mucho entre campañas, pero las altitudes elipsoidales variaban poco. Resultaba imposible unir los clavos del mareógrafo a los del sistema de referencia vertical nacional, por culpa de alguna anomalía en la zona.

Mi compañero Aurelio había añadido el clavo *NGX012* —y alguna señal más— y lo había convertido en nodo de varias líneas y polígonos, o círculos de líneas de nivelación, que lo tenían como clavo común. Lo más extraño era que había elegido como localización para esa señal las escaleras de un panteón, situado en un cementerio, sobre una pequeña montaña, en un pueblecito cercano al mareógrafo.

Todo eso era muy extraño. Aurelio era un hombre discreto, amante del orden y de la exactitud, y poco dado a las bromas gratuitas. Y la broma excedía los límites del buen gusto —y del respeto por las almas—. Tenía que haber una explicación. Añadiendo más confusión al asunto, había infringido el código deontológico —no escrito— del geodesta: no incluir notas personales en los cuadernos de campo. Al final de uno de sus cuadernos, había garabateado

una conocida declaración que Heidegger había realizado pasada la guerra mundial: «Pregunta a Heidegger:

¿Cómo podríamos recuperar la autenticidad? Respuesta: Pasando más tiempo en los cementerios».

El asunto merecía especial atención. Por entonces, acababa de escribir unas notas para una presentación que llevaban por título «Altitud y tiempo». El tema de la presentación era sobre las nuevas técnicas de obtención de diferencias de geopotenciales entre puntos —y, con la gravedad, diferencias de altitud— a través de diferencias de tiempo entre ellos —más exactamente, de diferencias de frecuencias de oscilación de un reloj atómico, al cambiar la aceleración de la gravedad; la dilatación gravitacional del tiempo de la relatividad—. No podía ser una casualidad que Heidegger hubiese escrito «*Ser y tiempo*» y yo «*Altitud y tiempo*».

II

La campaña la preparé como de costumbre: ropa —la necesaria— y libros —todos los que permitiesen cerrar la bolsa de viaje—. Entre ellos, lo recuerdo muy bien, llevaba «*Sein und Zeit*»¹, por supuesto, «*Gravity Inversion and Interpretation*», un estupendo libro que mi buen amigo y compañero, Natalio, me había recomendado y «*Homo Deus*» de Yuval Noah Harari, que me había prestado. En el último momento añadí «La montaña de los siete círculos» de Thomas Merton. No sé muy bien por qué elegí ese libro. Quizás fuese por haber leído aquel curioso pasaje que dice: «¿Hay algún hombre que haya pasado toda una vida sin vestirse, en su fantasía, con el hábito de monje y encerrarse en una celda en que se encuentra espléndido de heroica austeridad y soledad...?». Luego estaban los instrumentos. Natalio se había marchado a la Antártida con varios sismómetros y gravímetros. Creo que fue a la isla volcánica Decepción —¡Cuántos lugares podrían llevar ese topónimo!—. Era una de las campañas de colaboración en las que, a menudo, el Instituto participaba. De ese modo, el gravímetro absoluto FG5 de *Micro-g LaCoste* quedaba descartado. Prefería ir a la campaña con Natalio. Uno con la antena de posicionamiento

¹ «*Ser y tiempo*»

por satélite y otro con el gravímetro, hacíamos un buen equipo. Finalmente, aunque iba solo, decidí que llevaría uno de los gravímetros *LaCoste & Romberg* para medir diferencias de gravedad, el gravímetro *CG-5 AutoGrav* de *Scintrex* para registros continuos y una antena de posicionamiento, para observar en tiempo real o para posproceso. Contemplaba la idea de hacer una segunda campaña con Natalio, llevando el *FG5* y el *gPhone*.

El *FG5* mide la aceleración absoluta de la gravedad en un punto de la superficie terrestre, con una precisión de unos microgales. Eso quiere decir que, si la aceleración es del orden de 9,8 metros por segundo cada segundo, ese instrumento puede precisarla con ocho decimales. Es un instrumento de laboratorio y, esencialmente, consta de una cámara de vacío, mantenida con una bomba iónica, donde cae un cuerpo, del cual se mide su posición en multitud de instantes. La posición se mide con un interferómetro láser de helio-neón tipo Mach-Zender y los instantes, con un reloj atómico de rubidio. Para evitar que algunas frecuencias del suelo afecten a la medida, una especie de sismómetro hace de filtro. Era como un caballo salvaje. Cada vez que lo instalábamos —lo que nos llevaba casi dos horas— teníamos que domarlo; después, era una fuente de datos y alegrías. Hoy en día, están surgiendo otro tipo de gravímetros absolutos que no sé si acabarán desplazando al *FG5*; son también de caída, pero lo que cae son átomos. Son los gravímetros cuánticos o de átomos fríos.

La semana anterior a mi partida había nevado por toda la península. Eso me obligó a ir más despacio y parar, de camino, en algunos pequeños pueblos. Los viajes de campaña siempre me han dejado dos cosas destacables en el recuerdo: la satisfacción del deber cumplido y el descubrimiento de lugares desconocidos. Rememorar la gente y los pueblos que te encuentras en una campaña, ya casi olvidada, es una forma única de sentirse humano, de *Ser-hacia-la-vida*.

Durante el viaje fui recordando mi relación con Aurelio. Era un hombre admirable por su dedicación al trabajo bien hecho. En muchos aspectos me recordaba al Fausson de la novela «La llave estrella». Allí, Primo Levi declara: «...*l'amare il proprio lavoro (che purtroppo è privilegio di pochi) costituisce la migliore approssimazione concreta alla felicità sulla terra; ma questa è una verità che non molti conoscono*». Aurelio amaba su trabajo, en él había encon-

trado una forma diferente de ser feliz. Una forma, porque había encontrado otras. Por ejemplo, su familia y la oración, pues era un hombre auténticamente religioso. Nos habíamos conocido trabajando en la fotogrametría del Instituto. Era un profundo conocedor de las técnicas fotogramétricas y de su instrumentación. Tenía especial pasión por los instrumentos óptico-mecánicos y conocía a la perfección los restituidores míticos del Instituto —los estereoplanígrafos C-3 y C-8 de Zeiss, el *Stereosimplex* y el *Stereocartografo* de *Santoni*— o los más modernos A-8 y A-9 de *Wild*. El estereoplanígrafo C-8, que fue el primer restituidor universal con el que se realizó una aerotriangulación analógica en España, estuvo unos años en exposición a la entrada de la acogedora biblioteca-cartoteca situada en el edificio del Centro de Cálculo del Instituto, hoy edificio del Centro Nacional de Información Geográfica. Su desaparición había sido objeto de una profunda investigación, aunque, finalmente, el caso había quedado archivado. Recuerdo muy bien la tarde en que sacaron ese monstruo por una ventana, con una grúa, de su sala de fotogrametría. Aurelio comentó: «Asistimos al fin de una época. Ahí va el último dinosaurio. Estos instrumentos no podían seguir luchando por la adaptación, estaban abocados a la extinción». Una de las posibilidades que contemplaba era que alguien lo hubiese llevado al Museo de Ciencias Naturales, a la sala de saurópodos, por confusión.

La pasión instrumental de Aurelio se prolongó en su actividad como geodesta. Además de conocer al detalle muchos de los teodolitos antiguos del Instituto, ahora piezas de museo, manejaba a la perfección los teodolitos astronómicos T4 de *Wild* y DKM 3A de *Kern*, y el nivel-astrolabio Ni2 de la *Zeiss* de Oberkochen. Sus cuadernos de campo con observaciones a la Polar, o a las culminaciones de pares de estrellas, para la determinación de latitud y la longitud astronómicas, eran un modelo de delicadeza y precisión.

Llegué a mi destino al atardecer. Cené frugalmente en un pequeño restaurante próximo al hotel, hojeé el libro de Harari en la cama y me quedé dormido.

III

A la mañana siguiente me acerqué a la localización del mareógrafo. Hice algunas comprobaciones rutinarias en la instalación y el edificio. Verifiqué que el pozo, el mareógrafo radar y el registrador de datos estaban en perfecto

estado. Saqué el *LaCoste & Romberg* y me dispuse a medir la gravedad y la posición de todas las señales de los alrededores. Fui observando todos los clavos de la línea que subía, por una suave ladera, hasta el cementerio donde se encontraba el nodo.

El gravímetro *LaCoste & Romberg* tiene un gran parecido con un *Steinway & Sons*. Más pequeño y sin teclado, eso es cierto. En uno se pueden escuchar las sutilezas de las frecuencias musicales que se esconden, por ejemplo, en las *Variaciones Goldberg*. En el otro, las sutilezas de las frecuencias de los movimientos telúricos de nuestro planeta. Tendríamos que fijarnos en el *gPhone*, que Natalio había llevado a El Hierro para registrar señales gravimétricas asociadas a las sismo-volcánicas, o en el superconductor *iOSG* de *GWR*, que descansaba sobre un pilar en un pabellón del Observatorio de Yebes, para escuchar otras armonías u otras músicas de las esferas. ¡Geofísicos y geodestas, una nueva secta pitagórica, buscando la *Musica Universalis* en los modos normales, o en la Nutación libre y el movimiento de Slichter del núcleo interno de la Tierra! O en la huella dejada en los registros gravimétricos por la danza de las esferas planetarias —las mareas terrestres o gravimétricas, claro está.

A media mañana, llegué al pequeño cementerio. Me recordó al *Zentralfriedhof* de Viena. Aunque pueda parecer una exageración, la atmósfera de aquel lugar era muy similar. En necrópolis vienesa, llena de conspicuos personajes, es mucho más fácil perderse. Allí están enterrados Beethoven, Brahms, György Ligeti, Franz Werfel, Franz Schubert, Arnold Schönberg, Alban Berg y Karl Kraus. Decía el gran arquitecto Adolf Loos, también enterrado allí: «Solo hay una pequeña parte de la arquitectura que pertenezca al arte: el monumento funerario y el monumento conmemorativo. Todo lo demás, lo que sirve para un fin, debe quedar excluido del reino del arte». La última vez que visité ese cementerio estuve varios minutos frente a la tumba de Ludwig Boltzmann. En ella está grabada: $S = k \log W$. La ecuación de la entropía. Hablar de la entropía es hablar del desorden, del caos. Hablar de Viena —la del periodo finisecular y la que se prolonga hasta los años treinta— es hablar de la genialidad y del caos. «Viena, un laboratorio para ensayar la destrucción del mundo», había sentenciado el satírico y apocalíptico Karl Kraus. Se cuenta que el joven Wittgenstein quería estudiar física teórica con Boltzmann, pero este se suicidó antes de que pudiera empezar. Tras terminar los estudios de ingeniero aeronáutico, le pidió al lógico Gottlob Frege estudiar con él. Éste, le recomienda

viajar a Cambridge para estudiar con Russell. Transcurridas algunas clases, según cuenta Russell, se presenta en su despacho y, seriamente, le dice:

«¿Podría usted decirme si soy o no soy un completo idiota? Si soy un completo idiota, seré ingeniero aeronáutico; si no, seré filósofo». Para mí, Wittgenstein siempre ha sido un místico, aunque sea un excelente filósofo.

También había un aire de cierta solemnidad en aquel pequeño campo-santo. Sus espacios, su mirada hacia el mar y su pequeña iglesia románica, le convertían en un lugar agradable. Nunca pensé que podría estar tan relajado midiendo la gravedad en un cementerio. Me agaché para colocar y nivelar el *LaCoste & Romberg* sobre el clavo *NGX012*. Solté la masa y miré por el anteojo para ir colocando la línea de lectura, mientras giraba el micrómetro. Luego, me puse de pie para mirar alrededor y buscar inspiración. Vi que el párroco entraba en el cementerio. Se acercó distraídamente.

- Le pido disculpas padre —dije, a la vez que le estrechaba la mano—. Le he estado buscando y, al no encontrarle, he optado por entrar. La puerta estaba abierta.
- No te disculpes hijo, estas puertas están abiertas para que podamos entrar todos. Pero ¿qué es lo que estás haciendo?
- Estoy realizando unas observaciones gravimétricas en la zona. Son trabajos rutinarios del Instituto Geográfico Nacional —le expliqué, pensando que no entendería mis palabras; pero sus ojos se iluminaron.
- ¡Entonces, debes ser compañero de Aurelio!
- Sí. Bueno..., fuimos compañeros.
- ¿Se jubiló?
- Se jubiló y no he vuelto a saber nada de él.
- Conocí a Aurelio. Era una buena persona. Tuvimos mucho tiempo para hablar y compartir ideas. Ideas... y una visión del mundo.

A lo largo de la conversación surgió ese milagro que pocas veces ocurre —la empatía—, hasta el punto de hacerme algunas confesiones personales.

- Aquí, la vida no es fácil. Muchos creen que soy el don Manuel de «San Manuel Bueno, mártir». Todo lo contrario. Mi camino es el inverso. Siendo joven, fui un gran admirador del Ludwig Feuerbach teólogo —o

ateólogo, o antropólogo— y terminé por aceptar una de sus máximas, aunque cambiando el orden. Sí, ahora creo que: «Mi primer pensamiento fue la razón; el segundo, el hombre y el tercero, y último, Dios».

— Yo, padre, también tengo una gran admiración y respeto por este filósofo —le confesé—. Pero me inclino más hacia ese pensamiento en su versión original.

— Te entiendo, hijo. Yo también dije una vez: *Homo homini Deus est*. Pero la conversión siempre está ahí. Uno de mis principales intereses ha sido el de estudiar la conversión que se produce en las criaturas alejadas de Dios. Verlaine —comenzó a contarme, bajando la voz, como si se tratara de un secreto—, tras una agitada y escandalosa relación con Rimbaud, y en prisión de 1873 a 1875 por dispararle, se convierte al catolicismo. En 1875, le escribe una última carta a Rimbaud en la que confirma esa conversión, defiende a la Iglesia y defiende su devoción como la única cosa inteligente y buena —yo escuchaba atentamente—. Poco antes, tras romper con él y volver con su hijo, le había dicho: «¿No lo entiendes? Ahora soy feliz». Y Rimbaud, airado, le había contestado: «Pero... ¿cómo has podido caer tan bajo?».

Pensé en el pobre Rimbaud. Recordé aquel párrafo de «Noche en el infierno», de su poema en prosa «*Une Saison en Enfer*», cuando dice: «... *Je meurs de soif, j'étouffe, je ne puis crier. C'est l'enfer, l'éternelle peine! Voyez comme le feu se relève! Je brûle comme il faut. Va, démon!* ». Él continuó:

— Me recuerda a Dostoievski, cuando le escribe a su hermano: «¡He concebido un fantástico proyecto: volverme loco!».

— ¡Qué empeño en vivir al borde del precipicio! —añadí—. Quizás sea cierto que vivir sin Dios es vivir mirando a un abismo —continué, mientras me agachaba para mirar, no al abismo, sino a la estabilización de la masa del gravímetro—. La felicidad es un buen objetivo en la vida. No he oído sentencia más triste que la de Camus: «los hombres mueren y no son felices».

— Sí, hijo, no hay que sacar conclusiones erróneas del «*Brevis aetas, vita fugax*»— en ese momento se oyeron doblar las campanas de la iglesia—. Ahora debo dejarte. Tengo que officiar la misa.

Se alejó hacia la pequeña iglesia románica. Su figura irradiaba una indescriptible espiritualidad. Tan ensimismado estaba contemplándole que no me

di cuenta de que comenzaba a llover, lo que añadió más misticismo a la escena. De repente, se paró y se giró hacia mí:

— Solo un dios puede salvarnos —dijo con una enigmática mirada.

No podía creerlo. Esa era una de las declaraciones que Heidegger había hecho en *Der Spiegel*, en una conocida entrevista en los años setenta —*Nur noch ein Gott kann uns retten*—. No sé muy bien qué quería decir Heidegger. Desde luego, a quienes apoyan, conscientemente y sin aparente arrepentimiento, regímenes de terror y destrucción, solo un dios puede salvarlos. Pero a mí me hipnotizaba esta frase por su contenido metafísico.

En su libro *El Abrazo del Sapo*, Arthur Koestler rescata la figura del biólogo vienés Paul Kammerer, y relata la afición que tenía por anotar agrupaciones de coincidencias —la ley de la serialidad o de la sincronicidad, que también interesaba a Jung—. En una de estas anotaciones escribe, si no recuerdo mal, algo así: «Mi mujer va en el tranvía leyendo una novela. Lee algo acerca de la señorita Rohan, uno de los personajes de la novela. Alza la vista y ve a un hombre que se parece enormemente a su amigo Josef Rohan. Por la tarde, en una calle de Viena, se acerca a saludarnos Josef Rohan. En el tranvía, mi mujer ha escuchado que alguien le pregunta al espurio Rohan si sabe si el pueblecito de Weissenbach, en el lago Attersee, es un buen lugar para ir de vacaciones. Al bajar del tranvía, entra a comprar en una tienda. La dependienta le pregunta si conoce Weissenbach, en el lago Attersee, porque tiene que hacer un envío y no conoce el código postal». Sin embargo, Kammerer es mucho más interesante. Amante de la música, y de Alma Mahler, era uno de los biólogos más destacados de su época. Pero estaba obsesionado con el lamarckismo, la herencia de los caracteres adquiridos, en contra del darwinismo imperante, que defendía las mutaciones aleatorias y la selección natural. Tras intentar demostrar sus teorías con diferentes anfibios, especialmente con el sapo partero, es acusado de fraude por la comunidad científica y decide suicidarse. «Nada es más triste que la muerte de una ilusión», dice Koestler ¡Y la muerte de un hombre es la muerte de un millón de ilusiones! Por eso, el poeta metafísico John Donne dice en un conocido poema: «...la muerte de cualquier hombre me disminuye, porque estoy ligado a la humanidad. Por consiguiente, nunca preguntes por quién doblan las campanas. Doblan por ti». Y por eso, pensaba entonces, Feuerbach ponía al hombre como último término de su ecuación ¿Es Dios el eco de nuestro grito de dolor?

Me había llevado algunos *veinticincomiles* y *cincuentamiles* del Instituto, donde tenía marcadas todas las señales de la campaña, y donde fui marcando otras muchas señales nuevas. Lo que quedaba del día, y los dos días siguientes, a pesar de la lluvia, los dediqué a medir la gravedad y la posición en los clavos de la zona y de otros lugares sin señalar. La idea era que Natalio les pudiese aplicar sus algoritmos de inversión gravimétrica. Mediante esta técnica es posible deducir la estructura interna de una zona a través de observaciones realizadas en la superficie. Este era el tema de la tesis doctoral de Natalio, que lo había aplicado en la determinación de la cámara magmática y del sistema hidrotermal del Teide y otros volcanes. También eran parte de las tareas de vigilancia volcánica que tenía encomendadas el Instituto. Sabía que esto, junto a los análisis de las anomalías gravimétricas de la zona, podría ser revelador.

IV

El quinto día me desperté dándole vueltas al rompecabezas. Si el problema era las variaciones gravimétricas, la clave era el clavo. El clavo *NGX012*, que ahora me parecía más importante que el mismísimo *NP1* de la escalinata de acceso al Ayuntamiento de Alicante. Es más, la prioridad ya no era *cerrar* las líneas que terminaban en el nodo, era *abrir* la puerta que daba acceso al interior del panteón.

Desayuné rápido y regresé al cementerio. Me acerqué al panteón y lo rodeé buscando alguna otra puerta, que no fuese la principal, para entrar más fácilmente. Me quedé atónito. Por primera vez, después de varios días allí, me daba cuenta de que el panteón era una réplica del edificio de la Secesión —el famoso *Ausstellungsgebäude der Wiener Secession*—. Más pequeño, sin el *repollo* dorado y sin la famosa máxima de su fachada principal: «*Der Zeit ihre Kunst, der Kunst ihre Freiheit*». En su lugar, en la fachada posterior, había otra inscripción: «Yo os aseguro: si no cambiáis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de Dios (Mt 18, 3)».

Me marché a la población más cercana en la cual habíamos observado la gravedad absoluta con el *FG5*. La intención era comprobar los valores absolutos que estaba manejando en la zona del nodo. También quería hacer unas compras. El punto de gravedad absoluta lo habíamos observado, unos años atrás, Natalio y yo, en el monasterio cisterciense de Santa María.

Cerca de la carretera, y al lado de un pinar, vi una pequeña casa de comidas y paré a comer. Pedí un potaje de legumbres, espinacas y bacalao, acompañado de una taza de vino de la región, y tuve un momento de reflexión sobre el aspecto ético de la comida, que se ha ido perdiendo frente al estético. Cuenta la antropóloga y teóloga Assunção de Sousa en una entrevista para la revista literaria *Pessoa*: «Como sabrán, en muchas tribus, se pide perdón a los animales antes de alimentarse con ellos (...) Nosotros, a excepción de muchos creyentes, solo no pedimos perdón ni damos gracias a nadie, sino que, en muchas ocasiones, nos tomamos la comida como algo lúdico (...) No estoy diciendo que no deberíamos festejar acontecimientos a través de la comida, ni comer sin alegría. Bastaría con que, cada vez que nos sentamos a comer, pensáramos en los que pasan hambre, que no son pocos (...) Aquella Nochebuena la pasé en una misión en Zaire. Vi que los hermanos misioneros, además de algún plato especial inesperado, ponían a cada niño, bajo un trozo de pan duro, una onza de chocolate y mantequilla. Era la única forma que tenían de festejar un día como aquel. Una de las niñas, al ver la sorpresa, exclamó emocionada: ¡Hoy vamos a comer como los blancos!». ¡Ah, la inocencia de los niños! Y tiene razón de Sousa. Como hemos oído muchas veces, la comida es, más que nada, sagrada.

Al salir cogí un camino por el pinar para ver el mar desde lo alto. A lo lejos, vi la ensenada donde estaba el mareógrafo, y tuve otro momento de reflexión. Esta vez sobre el geode. Esta superficie ideal proviene de una función escalar, denominada potencial de la gravedad, para cierto valor convencional. Es un concepto útil para definir otro: el campo de gravedad. Este está compuesto de fuerzas que son suma de fuerzas ficticias —las centrífugas— y fuerzas que no existen —las gravitacionales—. Los relativistas dicen que son, simplemente, la curvatura del espacio-tiempo y los físicos cuánticos que la produce un bosón, llamado gravitón, que nadie ha visto y nadie sabe si existe. Como nadie encuentra una teoría de la gravitación cuántica que unifique todo, los teóricos de la teoría de cuerdas proponen una que dice que todas las partículas son cuerdas que vibran—la *Musica Universalis*—. Y no me he olvidado de la masa, producida por otro misterioso bosón, que da lugar al campo cuántico de Higgs. Muchos pensaban que tampoco existía, pero, hace poco, parece que lo han encontrado —Ustedes, como yo, se preguntarán, pero... ¿de qué estamos hechos? ¿De la misma materia que los sueños?, como dice Próspero en *La Tempestad*—. Miré al mar y pensé: «Bueno, en calma, eso es muy parecido al geode, nuestra referencia para las altitudes».

Al llegar al monasterio, recordé el amable trato que, en su día, nos había dado el abad, y toda la congregación. Aquella vez, instalamos el gravímetro, durante tres días, en un sótano bajo el refectorio. El *FG5* se portó bien y los resultados fueron perfectos. No podía ser de otra forma, dado el lugar en que nos encontrábamos. Coloqué el *LaCoste* en la entrada del monasterio, donde teníamos un clavo destacado. Entré y saludé al abad. Hablamos un rato y me permitió bajar al sótano para observar sobre el pilar que habíamos construido para el *FG5*.

Antes de que cerrasen las tiendas, me pasé por una ferretería para comprar una potente linterna y algunas herramientas. La dependienta me preguntó si conocía Weissenbach, en el lago Attersee. «Sí —le contesté contrariado y confundido— Está en el Imperio austrohúngaro, y Mahler tiene una cabaña allí cerca, donde compone sus sinfonías en verano». Pueden ustedes pensar que esta escena es inverosímil, yo también lo pensé. Salí y observé a la gente paseando y haciendo las últimas compras del día. Yo, estaba decidido a forzar la entrada del panteón.

V

Llegué al anochecer al cementerio. Comenzaba, de nuevo, a llover. Coloqué el *LaCoste* sobre el *NGX012* y forcé la entrada del panteón, pero de forma que luego la pudiese arreglar. Entré y puse el *CG-5 Autograv* en medio de la sala principal para obtener un registro continuo de las variaciones de la gravedad durante la noche. Al levantarme, e iluminar alrededor con la linterna, me llevé otra sorpresa —a estas alturas, ya me estaba acostumbrando a las sorpresas—. Un gran lienzo reproducía una de las pinturas más inquietantes de Gustav Klimt, «*Tod und Leben*»—Muerte y Vida—. Esa escalofriante pintura es una profunda reflexión sobre el tema que le da título. Después de recorrer toda la planta, me di cuenta de que, tras el lienzo y oculta, había una puerta muy pequeña.

Abrí la puerta y comencé a bajar por una estrecha escalera tallada en la roca. Una música suave —real o producto de mi imaginación— se oía por todas partes. Eran, sucesivamente, los preludios de *Parsifal* y *Lohengrin* y, finalmente, la obertura de *Tannhäuser*. Era como estar en la *Wiener Staatsoper* con la *Wiener Philharmoniker*, dirigida por Gustav Mahler. Bajé absorto, inundado por un fuerte olor a incienso, hasta un inmenso hipogeo. Allí, la música se fue transformando en el primer movimiento de la novena sinfonía de Mahler. La atmósfera era aterradora y la música no ayudaba a recuperar la calma. Para

quien no la haya escuchado, esa obra —especialmente el primer movimiento y el cuarto— es una evocación de la muerte. Toda la obra de Mahler tiene referencias continuas a la muerte, que fue una constante en su vida. Aquí, esa evocación, se volvía casi insoportable. Se sentía su presencia en cada compás. No es extraño, pues a las desgracias sufridas hay que añadir el presentimiento que tenía de su propio y próximo final. «¡Mártir!», dicen que contestó cuando, siendo muy pequeño, le preguntaron: «¿Qué quieres ser de mayor?». ¡Cuántas veces he pensado escribir un ensayo sobre Mahler y su obra! ¿El título?: «San Gustav Mahler, bueno y mártir».

Las paredes de la gran cripta estaban adornadas con inmensas y estilizadas esculturas de lo que parecían Monjes Templarios, o Caballeros Teutones, y Valquirias, apoyados sobre largas espadas. Sobrecogido, vislumbé un gran lago. Estaba hipnotizado por el lugar y recordé algunos de los cuentos de «Los mitos de Cthulhu». Sentí ese mismo horror cósmico y ese vértigo de la locura que sienten sus personajes. Pero puse atención. Aquel lago era inmenso, y el nivel del agua era variable. Se apreciaba —gracias a la linterna y a las decenas de antorchas encendidas— que al agua había alcanzado muy diferentes alturas. Un gran número de galerías —naturales o artificiales— hacían que la lluvia y el mar, con las mareas, llenasen el gran espacio del lago y lo vaciasen, regularmente.

En ese momento tenía varias preocupaciones: una, el terror que me producía aquel lugar; dos, entender qué tendría todo aquello que ver con el problema del clavo *NGX012*; tres, mi obsesión con el primer movimiento de la novena de Mahler, y cuatro, averiguar dónde había metido las llaves del coche, pues me palpaba los bolsillos y no las encontraba. Me olvidé de mi obsesión con el primer movimiento, puesto que el psicoanalista vienés Theodor Reik ya había estudiado este asunto en su famosa obra «Variaciones psicoanalíticas sobre un tema de Mahler». El diagnóstico solo podía ser, según Reik, neurosis obsesiva. Ocasionada, en su caso, por su mentor, el psicoanalista Karl Abraham, y en el de Mahler, que había sido psicoanalizado por Freud, ocasionada por Hans von Bülow —primer marido de la hija de Liszt, cuyo segundo marido había puesto música a mi descenso a los infiernos—. En mi caso, que ya estaba necesitando un psicoanalista, estaba provocada, con toda seguridad, por Heidegger.

Estaba contento siendo *Ser-ahí* —*Ser-en-el-mundo*— y no quería convertirme en *Ser-allá* —*Ser-en-el-infra-mundo*—, por lo que tomé la decisión de

volver a la superficie lo más rápido posible. Mientras subía la empinada escalera, advertí que había otras pequeñas criptas a los lados. De nuevo, la música cambió. El primer movimiento de «*Ein Deutsches Requiem*» de Brahms me acompañó todo el camino de subida —luego lo interpretaría como una misa de difuntos por Heidegger; es decir, me estaba curando..., así es el psicoanálisis—. Me asomé a una de las criptas y pude ver multitud de extraños y anti-quisimos instrumentos. Entre ellos me llamó la atención uno ¡Era el *Thomson*! Naturalmente, no perdí el tiempo en cogerlo. Su peso y volumen eran el principal obstáculo para salvarlo. Lo que sí podía llevarme era un libro que estaba viendo sobre una de las mesas. Eran las «*Philosophische Untersuchungen*», las «Investigaciones Filosóficas» póstumas del segundo Wittgenstein. En ellas se vuelve menos místico y más realista, usando la mayéutica socrática y la noción de los juegos del lenguaje, para decirnos: «El significado es solo el uso». En su primera página figuraba el nombre de Aurelio y estaba repleto de anotaciones suyas. Conocía bien su letra. Una hoja de papel húmedo y en mal estado, con la misma caligrafía, contenía un enigmático poema de estilo goethiano del que solo recuerdo, con exactitud, el principio y el final:

¡Oh, Fénix!
¡Dios de dioses!
A ti me entrego
A ti me consagro
Me das nuevas alas
Una nueva mirada
(...)
Atrás queda un mundo
Atrás queda todo
Ya nada me retiene

No pueden ustedes imaginar la pesadumbre que me embargó ¿Habría concebido Aurelio el proyecto de volverse loco? ¿Se habría suicidado? ¿Le habría secuestrado una secta pitagórica para construir raros artefactos? ¿Qué era todo aquello? ¿Un laboratorio para ensayar la destrucción del mundo?

Salí por la puertecilla, por detrás de «*Muerte y Vida*». Intenté salir por el lado donde está representada la vida, aunque no me considero una persona supersticiosa. Estaba tan nervioso que casi me llevo por delante el *CG-5 Auto-*

grav —he leído que, al contrario que el *LaCoste*, lo puedes arrojar al suelo y no le pasa nada, pero, por lo que le costó al Instituto, nunca lo he probado—. Lo cogí, salí al exterior, tomé aire y cerré la puerta. Fuera, diluviaba y se respiraba un agradable olor a tierra mojada. Ya me había dado cuenta de que el problema también quedaba cerrado —las líneas de nivelación y de gravedad las cerraría un par de semanas más tarde—. Salí del cementerio, me metí en el coche —que estaba con las puertas de par en par y las llaves puestas— y cerré las puertas. No había ningún misterio. Las masas que atraían a la masa del gravímetro tenían grandes variaciones según se llenase más o menos el lago subterráneo. Esas fuertes variaciones de la gravedad afectaban también a las superficies equipotenciales y, al fin y al cabo, a las diferencias de altitudes ortométricas. Pero no así a las diferencias de altitudes elipsoidales, que tenían unas variaciones mucho más pequeñas, quizás por un efecto de carga. Problema resuelto. Lo de quién había construido todo aquello, ya era otro asunto.

VI

Poco tiempo después, mis intereses se ampliaron al estudio de la rotación terrestre y sus variaciones, un campo en el que la Geodesia del Instituto Geográfico comenzaba a poner muchas de sus ilusiones. En Yebe, Azores y Canarias se habían instalado antenas de interferometría de muy larga base, y eso permitía contribuir, con grupos internacionales, al desarrollo de los sistemas de referencia terrestre, celeste y temporal. Una antena de radioastronomía es una gran taza que recoge el goteo de las emisiones de ondas de radio de fuentes muy lejanas —principalmente cuásares, agujeros negros supermasivos en el centro de las más lejanas galaxias—. Dos antenas diferentes reciben un chorro de gotas idéntico, pero dos gotas idénticas no llegan al mismo tiempo a cada una de ellas. La diferencia de tiempo de llegada se mide con máseres de hidrógeno por el procedimiento de correlación. La radioastronomía geodésica sitúa, con una precisión extrema, la posición relativa entre las antenas, define los catálogos fundamentales astronómicos y mide las variaciones de la rotación de la Tierra. Y, por tanto, las diferencias entre el tiempo atómico UTC y el referido a los cuásares UT1. Pero el cambio radical fue el cambio de interés de Heidegger a Wittgenstein. No volví a leer nada de filosofía continental, y volqué todas mis dudas filosóficas en la filosofía analítica o del lenguaje. Dice Wittgenstein que la filosofía es una terapia, una terapéutica del lenguaje. No existen problemas filosóficos, solo problemas del lenguaje. La filosofía es una

absurda escalera que uno tira, una vez que ha subido por ella. Debo reconocer que me quedé mucho tiempo en el primer Wittgenstein, el del «*Tractatus logico-philosophicus*», y en sus influencias en los positivistas lógicos —el *Wiener Kreis* de Moritz Schlick, Rudolf Carnap, Kurt Gödel o Karl Popper—. Su relectura coincidió con la escritura de un libro que hacía tiempo tenía *in mente* y que quería titular «*Tratado gravimétrico-altimétrico*».

Natalio me llamó una tarde, tras volver de su campaña antártica.

- Vente a casa, voy a hacer pasta con verduras y tengo que enseñarte un montón de diapositivas de pingüinos —dijo bromeando.
- ¿Y la campaña... qué tal?
- Ya te contaré. Tengo material para una presentación, o para que llevemos un poster al *International Symposium on Gravity, Geoid and Height Systems*, que este año es en Viena. Pero... tengo algo más importante que contarte.
- ¿Algo más importante que un simposio en Viena?
- Sí ¿Recuerdas que estaba haciendo un mapa, por inversión, del subsuelo del pabellón de gravimetría de Yebes?
- Sí, recuerdo que te ayudó un becario del Instituto.
- Pues, al ver unas extrañas estructuras en los resultados, investigué y encontré una trampilla en el suelo del pabellón, detrás del gravímetro criogénico, que conducía a una gran cripta.
- ¿Qué te has encontrado? —le pregunté helado, casi criogenizado.
- ¡El restituidor *cartógrafo Ordovás-Kern* del Instituto! El primer instrumento de restitución fotogramétrica español, que montaron los de la *Kern* en 1924 y que, creo, estuvo activo hasta los años cincuenta. Pero eso no es todo...
- ¿Qué más? —le interrumpí, ya sin poder disimular la inquietud que me estaba generando.
- ¡Allí está el *estereoplanógrafo C-8!* Y un diario de Aurelio, en el que habla de otras criptas, y termina contando que se va a vivir a Viena con su mujer y sus hijas y... Bueno, tenemos que ir una noche, para pasar desapercibidos, y seguir mirando.

Acompañé a Natalio, y vimos otras cosas sorprendentes. Encontramos, también allí, el gravímetro *Graviton* de *Micro-g*; posiblemente, reparado por Aurelio. De la existencia de este gravímetro —haciendo honor a su nombre—,

pocos gravimetristas tienen conocimiento. Yo sólo conozco dos ejemplares de su especie y no sé si hay más. Al poco tiempo, Natalio lo mandaría a la isla de Santa María, donde, en colaboración con los portugueses, el Instituto tenía una de las antenas de interferometría de muy larga base.

Años más tarde, Natalio y yo, visitamos en Viena a Aurelio y su familia, aprovechado que íbamos a uno de los *International Symposium on Earth Tides*. Se había dejado unas largas y descuidadas barbas. No sé si vestía como un *homeless*, un *hippie* o un monje —parecía Klimt con su túnica y sandalias—. Nos dio muchos detalles sobre las criptas y nos invitó a escuchar a sus hijas, que habían formado un cuarteto de cuerdas, en la *Wiener Musikverein*. El programa era fantástico: tres de los últimos cuartetos de Beethoven, los opus 132, 131 y 135. Se dice que, al escucharlos, Victor Hugo exclamó: «¡Este sordo escuchaba lo infinito!». Le comenté lo del enigmático poema: «No —me dijo—. El uso que le di es su significado: lo escribí para no olvidar que tenía que dedicarme plenamente a la demostración de *la conjetura de Hodge*, *la hipótesis de Riemann* y *la conjetura de Goldbach*». Al despedirnos, pensé: «¿Escuchará Aurelio lo infinito?».

El Instituto Geográfico siempre ha tenido caminos abiertos para trabajar e investigar en multitud de campos —geodésicos, geomagnéticos, astronómicos, sismológicos, volcánicos o cartográficos—. A este último campo me dediqué durante los dos siguientes años. Exactamente, a los procesos automáticos de generalización cartográfica. Imagínense, una máquina se alimenta de bases de datos cartográficos —construcciones, iglesias, cementerios, ríos, caminos, carreteras, topónimos, curvas de nivel y cualquier tipo de información geográfica digital—. Se aprieta un botón y, mediante complejos algoritmos lógico-matemáticos, la máquina expulsa un mapa, digital o en papel, a una o varias escalas, previamente elegidas. Y todo ello, respetando las leyes cartográficas y de la generalización. A esta última me gustaba denominarla *darwinismo cartográfico*, ya que los elementos cartográficos entran en competición por su espacio dentro del mapa. Una lucha por la supervivencia del más apto. Finalmente, unos desaparecen y otros se adaptan, cambiando su aspecto. Pensándolo ahora, no sé si sería más apropiado llamarla *lamarckismo cartográfico*. En fin, me encantaba esta idea de la generalización automática, que parecía imposible. El sueño de muchos cartógrafos. Hay un poema que dice algo así: «...es preferible hablar de cosas imposibles, porque de lo posible se sabe demasiado».

He narrado todo esto por deseo expreso de Natalio. Él me ha pedido que cuente algo para la promoción de las actividades del Instituto, al que debo toda mi vida profesional. Según me ha contado, se quiere recopilar las vivencias profesionales de topógrafos, geodestas, gravimetristas, sismólogos, cartógrafos, geofísicos, fotogrametristas, ingenieros y astrónomos que han pasado por el Instituto Geográfico Nacional. Me parece una buena idea. Pero, para mí, todo aquello quedó atrás. También abandoné la filosofía de Wittgenstein, aunque comprendí que los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo —*Die Grenzen meiner Sprache bedeuten die Grenzen meiner Welt*— y que, como él bien resumía, lo que puede ser dicho, puede ser dicho claramente, y de lo que no se puede hablar, lo mejor es guardar silencio. Me retiré del mundanal ruido y abracé la vida cenobítica. Ahora vivo con mis hermanos de la *Ordo Cisterciensis Strictioris Observantiae* en el monasterio de Santa María. Mis únicas preocupaciones son la ascesis, la paz interior y la búsqueda de Dios. Mi máxima es la benedictina *Ora et Labora*. Mis únicas licencias musicales y literarias son el canto gregoriano, como el de los hermanos benedictinos de Silos, y libros como los de los hermanos trapenses san Rafael Arnaiz y Thomas Merton. Casualmente, ahora estoy leyendo su «*No Man is an Island*», que —¿por otra coincidencia?— toma el título de ese poema de John Donne que tanto admiraba y admiro.

A veces, siento la necesidad de escribir sobre esta nueva y definitiva experiencia, pero ya saben ustedes: *Wovon man nicht sprechen kann, darüber muß man schweigen*. Y, como no quiero acabar con la misma frase con la que Wittgenstein acabó sus notas, les diré lo que decía mi querido prócer, san Bernardo de Claraval: «Se aprenden muchas más cosas en los bosques que en los libros; los árboles y las rocas os enseñarán cosas que no podríais oír en otro sitio».

Jornada laboral

Víctor Olaya

Jornada laboral

Víctor Olaya

De ocho de la mañana a cuatro de la tarde creía que la Tierra era plana. Por supuesto, no a la manera de esos chalados que proclaman que el planeta es tal, porque él bien sabía que no era así. La Tierra era plana en esas horas porque solo la concebía en los mapas con los que trabajaba, no existía más que en aquellas hojas delgadas que extendía y mimaba desde hacía años.

Se sumergía tanto en esos universos de papel que acababa convencido de que no había otro mundo verdadero salvo aquel, que acaso lo que veía allá fuera no era sino un intento de reproducir esas cartografías y no a la inversa. Intento torpe, porque las más de las veces el mundo no lograba capturar la belleza del mapa, o eso opinaba él.

Cuando lo necesitaba, sacaba alguno de los mapas por los que sentía más cariño y se quedaba mirándolo, en especial aquel con el que había tenido su particular epifanía, cuando había entendido por primera vez esa manera de interpretarlos. Era un mapa no demasiado antiguo, le faltaban la pátina del ayer y esa inocencia que tiene la geografía imprecisa de antaño, pero aun así le cautivó cuando lo vio. La policromía le resultó fascinante, los colores eran perfectos y bien escogidos, el entintado era de una precisión hermosa y los topónimos que daban voz al territorio reposaban como se merecían en una tipografía elegante. Un territorio que él no había visto nunca expresado de aquella manera, con una almazuela semejante de tramados y tintas, y que cada vez que lo miraba sentía que era una forma superior de realidad.

Se decía entonces a sí mismo que el mundo, al contrario que el mapa, no estaba hecho para mirarse. Desde su mirada de cartógrafo, el mundo como tal le parecía imperfecto, por cuanto no había sido creado para transmitir de modo inequívoco sus verdades, para entenderse de la manera más clara posible. Y eso era lo que amaba de los mapas: la claridad con la que narraban sus escenarios, como una forma más elocuente de su propio universo.

El mundo era un azar caótico, en ocasiones muy hermoso, sí, pero solo era en manos del cartógrafo que aquellas verdades se ordenaban como debían y se manifestaban en su máximo esplendor. Era la orfebrería del mapa la que le daba sentido a todo ello. El cartógrafo era una suerte de dios metódico y científico, sin divinidad pero con experiencia; un creador de mundos que no persigue que sus creaciones sean habitables, sino sobre todo comprensibles. Y él quería comprender el mundo. El paisaje, el terreno, el relieve, la geografía de los hombres y la naturaleza, aquello no era más que el potencial que necesitaba de la cartografía para realizarse.

De ocho de la mañana a cuatro de la tarde era un Quijote enloquecido no por la lectura de libros, sino de cartas, de láminas donde habitaba un mundo idealizado y estático. La perfección es un hecho invariable, se decía, y consideraba aquellos mapas como algo perfecto y le gustaba saber que habrían de seguir así siempre, con sus mismas curvas y sus mismos lugares, con las mismas verdades en ellos, no como el mundo real donde a cada instante todo era distinto. El mapa como lugar en sí mismo, como recodo inmutable al que venir a reposar y sentirse a salvo.

Llovía mucho cuando volvió a casa. Había oído la alerta en las noticias, pero sabía que no había que preocuparse. Siempre exageraban el peligro de los meteoros. A lo sumo vería la calle llena de agua bajando, se caería la rama de algún árbol, se inundaría sin demasiado drama algún sótano. Él se sentía a salvo.

Habló con su padre como cada tarde y este le dijo que allí, en el pueblo, también llovía con fuerza, que hacía tiempo que no había visto un aguacero así. Le pidió que se quedara en casa, que no tenía ya edad de aventurarse fuera con ese tiempo, y aquel refunfuñó aún sabiendo que el hijo tenía razón y que en realidad no pensaba salir. Cada cual quedó tranquilo con sus seguridades.

Como tantos días, pensó que debería ir a verle. Hacía mucho que no pasaba por allí y no solo era por él que debía volver, sino por el lugar mismo, por ese pueblo suyo del que cada día tenía recuerdos más incómodos.

La vida de ciudad ya no le servía. No era la ciudad, era la vida en sí, con todas esas últimas decepciones, la falta de un lugar no ya físico, sino también humano. Había perdido el entusiasmo, no encontraba allí su lugar y por supuesto no iba a volver a vivir en un pueblo como aquel, eso no, pero tampoco podía evitar el deseo de un poco de raíz. Estaba en una tierra de nadie desagradable, ni aquí ni allí. Quizás una temporada o un puñado de visitas le harían bien. Luego le entraba la pereza y no hacía nada. Era ya mucho tiempo sin volver.

Se escondía en los mapas y aquello le calmaba, al menos durante esas horas de trabajo que respetaba escrupulosamente. Se habría quedado más, pero no quería ser de aquellos que se refugiaban en el trabajo. Aunque sabía que no era en la labor en sí en lo que él se parapetaba, sino en los mapas, en el viaje por ellos. Allí encontraba la pertenencia y la raíz que últimamente no tenía. De ocho de la mañana a cuatro de la tarde.

Al día siguiente fue el padre el que llamó, cosa rara, y a una hora desacomumbrada. Tenía la voz apagada y hablaba con demasiada pausa. Le preguntó si estaba bien, si pasaba algo, pero el padre no respondió a aquello, sino que le habló de la tormenta, de la riada, de la parte de la colina que se había venido abajo, del corrimiento que se había llevado consigo la mitad de aquel bosque de árboles sinuosos en el que él se escondía cuando niño. Volvió a preguntar el hijo y entonces ya le dijo que sí, que estaba bien, que la casa estaba bien, que todos en el pueblo lo estaban. Pero qué impresión la de anoche, hijo, el ruido, la duda, no imaginas el miedo que pasamos. Y el hijo visualizó el pánico de ver cómo el relieve que uno ha tenido ante sí toda la vida, acaso lo que uno cree más inamovible de cuanto conoce, se deshace de pronto a tan poca distancia.

Aún nervioso, le siguió el padre contando acerca de la colina, de la forma que tenía ahora sin la espesura del bosque, como tras una mordida. Le servía dar aquellos detalles para mitigar el miedo, para conjurar las desgracias y que todas fueran así, cercanas pero sin afectarle, pasando a una distancia segura al igual que aquella avenida de barro y troncos por la ladera la otra noche.

Hablaron durante media hora, hasta que ambos se sintieron tranquilos. El padre insistió en que no se preocupara. Le preguntó si pensaba venir pronto y el dijo que tal vez.

Colgó y no pensó en que debía ir, sino en que debía haber ido antes. Siempre tuvo la impresión que se le iba haciendo tarde para regresar, como si desde que saliera de allí todo hubiese ido cambiando hasta quedar irreconocible. Pero ¿qué cambios podía haber en un pueblo así? Solo las gentes cambiaban, lo demás lo sabía inmóvil, casi definitivo. Al contrario que el de las ciudades, el paisaje rural es un paisaje en equilibrio, apenas varía. Podría volver en cualquier momento y sentirse como entonces. Le gustaba esa idea, la de haber crecido en un lugar así, que siempre iba a mantenerse como lo recordaba y al que podría volver para recuperar su pertenencia cuando le fuera necesario. Pero no volvía, y ahora aquella noticia venía a decirle que también esa estampa de su ayer evolucionaba y que quizás él se equivocara.

De ocho de la mañana a cuatro de la tarde trabajó como de costumbre, ocupado con sus mapas, y nadie vino a molestarlo. Al final del turno, buscó en la colección uno de aquel pueblo de su niñez. Se dio cuenta de que no sabía si había hecho aquello antes, si conocía en esa formalidad del mapa el lugar donde había nacido y crecido, y del que se había ido un día sin demasiada ceremonia. Menos de la que, según pensó luego, le habría gustado. Tampoco supo decir si su padre lo habría hecho, porque no recordaba haberle visto nunca asomado a ningún mapa. Tenía su vínculo con aquella tierra, distinto al suyo propio por no haber mediado nunca distancia, y era él mismo una especie de cartografía viva de todo aquello. Pero quizás nunca sintiese la curiosidad de ver esos lugares de otra manera que no fuese en persona frente a ellos.

Encontró uno relativamente reciente, sin encanto, aunque no le pareció mal que fuera de esa manera. Le trajo recuerdos y aquello le reconfortó, por ver la capacidad del mapa de regalarle memorias y nostalgias aun siendo aquella la primera vez que lo veía.

Le resultó un mapa amistoso, pacífico. Los relieves eran sosegados, más de lo que los recordaba sobre el terreno. El pequeño trozo de mar en una de sus esquinas no tenía más profundidad que la de sus colores y nada de la hostilidad de aquellas aguas. Algo tranquilizador para alguien como él que se había

sentido siempre de tierra adentro a pesar de esa cercanía, y a quien el mar le infundía demasiadas inquietudes.

Volvió al interior, a los altozanos de alrededor del pueblo. Pasó su dedo por encima de aquella colina. Creyó sentir bajo la yema la forma redondeada, dulce, que ahora sabía que ya no era tal pero que el mapa seguía contando como si fuera entonces. Se quedó allí palpando el paisaje, recordando en el papel la vista que había desde casa, con aquellos árboles en lo alto de la loma. Recordó la infancia, las tardes en el monte, el árbol más grueso donde con aquel amigo suyo de entonces armaron un campamento en el que pasar las tardes. Hacía tiempo que no sabía nada de él, salvo que tampoco vivía ya en el pueblo. Tampoco estaba allí ahora su campamento, el lugar mismo no existía. El primer hogar rebelde de su juventud lo asentaron sobre un rincón hoy desaparecido. La infancia se construye sobre terrenos inestables, pensó. Literalmente.

Levantó el dedo y vio los símbolos, los pequeños árboles que coloreaban esa colina hecha de curvas concéntricas.

Y se convenció una vez más de que el mapa guarda las verdades del mundo a una escala más veraz que la vida misma.

X Y Z t

Adolfo Pérez

X Y Z t

Adolfo Pérez

Preámbulo

La cartografía comparte dos facetas que muchos consideran excluyentes, o al menos poco afines. Por un lado tiene una fuerte componente científica, se debe trabajar con una ineludible exactitud posicional, hay que poner las cosas en su sitio, es decir, mostrar la «verdad» de una región espacial. Por otro, hay que hacerlo con un lenguaje cartográfico tan atractivo y fácil de interpretar como sea posible. Lo que va íntimamente unido a la utilización de una «belleza» visual y una «destreza» comunicativa, que constituyen la componente artística imprescindible para la obtención de un mapa de calidad. O sea, que la cartografía se dedica a trabajar en la búsqueda de la verdad, paradigma del científico. Y además, hacerlo con una estética primorosa, paradigma del artista. Para transmitir al usuario el conocimiento de un territorio, paradigma del comunicador. Aunar en un solo oficio ciencia, arte y comunicación es un lujo del que pocas profesiones pueden gozar. Ergo, ser topógrafo y trabajar en campo haciendo formación de mapa, es decir, recorrer minuciosamente el terreno para condensar todo el conjunto de datos geográficos que se disponen de una zona, con la finalidad de comunicar las características fundamentales de ese territorio al resto de los ciudadanos, es lo más parecido a hacer turismo rural. Cambias de aires, conoces diferentes personas, usos, costumbres y gastronomías. Descubres nuevos horizontes, multitud de paisajes y, por encima de todo, es la forma más satisfactoria que conozco de cultivarse y crecer como ser humano.

Campaña de 1988

El verano que me estrené en esa faena era *veintenager* y para mí constituyó una epifanía inolvidable, porque fui enviado, en comisión de servicio, a realizar la formación de mapa a escala 1:50.000 al corazón del Cabo de Gata. Cuando estaba a punto de llegar a mi destino, al poco de dejar atrás Mojácar, apareció un insólito banco de niebla mientras subía una cuesta. Y enseguida, al salir de una curva de la carretera me metí, de hoz y coz, en una carga de caballería protagonizada por árabes con turbante a la cabeza y tuve que frenar en seco a la entrada de la enorme rambla por la que bajaban como endemoniados, tanto caballeros como infantes, dirigiéndose envalentonados hacia una ciudad, también de aspecto árabe, que se erigía al borde del mar y que, para mi tranquilidad, comprobé que era de cartón piedra. Enfrente, sobre un promontorio vislumbré una cámara cinematográfica rodeada por el equipo de rodaje que trabajaba refugiado bajo la sombra de una jaima. Destacaba entre todos un individuo con sombrero de ala ancha que no dejaba de hacer aspavientos, intentando coordinar, junto a los que debían ser sus ayudantes, la sincronía de los movimientos de las hordas de extras, que avanzaban veloces a conquistar la ciudad. Hasta que conseguí zafarme de aquella algarabía, me creí metido en la discordia del campo de Agramante igual que Don Quijote. Pero finalmente pude salir y continuar hacia Carboneras, donde iba a establecer mi cuartel general. Por casualidad, paré en el hotel El Dorado a preguntar por la ubicación del lugar en el que había reservado habitación, observé que el *hall* estaba lleno de carteles de películas y tan adornado con instrumentos propios de la industria del cine, que casi le conferían la característica de un plató de grabación. Animado por la coincidencia le pregunté al recepcionista el nombre de la película que acababa de presenciar en El Algarrobo. Muy extrañado me contestó que ese verano, que él supiera, no había prevista ninguna producción por las proximidades, los eventos cinematográficos se difundían rápidamente por toda la comarca. Era imposible que allí no hubiera llegado la noticia. El chollo de la industria del cine había decaído tanto en Almería, que el único vestigio de aquella época dorada era ese hotel. Ojalá volvieran aquellos tiempos, se lamentó, antes de indicarme amablemente la parte del pueblo donde se hallaba el establecimiento en el que tenía previsto alojarme.

En pleno julio había reservado habitación en un motel con piscina. Iba a necesitar muchos chapuzones para refrescarme a lo largo del mes en que es-

taría hospedado, porque la intensidad del sol en la zona y el calor pegajoso obligaban a mitigar cada poco la sensación de hallarse en el desierto. Antes de bajarme del coche anoté en la libreta la referencia de los dígitos que marcaba el cuentakilómetros. Serviría para llevar control del número de kilómetros recorridos cada jornada de trabajo y facilitar el desglose de los gastos realizados [Llegada a Carboneras: 01962]. Intrigado todavía con lo que me había ocurrido, le comenté al inglés que regentaba el negocio mi episodio en el camino. Se rió de mí pensando que estaba loco y para consolarme me explicó que en esta zona era muy común tener ilusiones ópticas producto de espejismos y que probablemente mi imaginación lo había relacionado con la película Lawrence de Arabia, que efectivamente se había rodado en ese lugar, pero hacía la friolera de 25 años. Entre sonrisas y lágrimas me despedí de él y transportando mi equipaje hacia la habitación en mi cabeza martilleaba una sola idea: ¡Pero si es que yo, aunque haya oído hablar de ella, no he visto esa película en mi vida!

Me dirigí a comer al centro del pueblo, había una calle ancha y peatonal con terrazas a la sombra, el pescado lo elegías de un mostrador donde lo exhibían crudo y te lo cocinaban a medida. A la vista de sus lomos irisados se me antojó comer caballa, que hasta ese día solo había visto dentro de latas de conserva, pero debo reconocer que no fue buena elección, porque luego estuvo repitiéndome hasta por la noche. No obstante, el sitio estaba animado y a mi vera se encontraban cuatro profesores andaluces que en amigable charla hablaban de su trabajo y mentaban mucho al Boja. Al principio pensé que sería un compañero ausente al que todos estaban poniendo verde, pero más tarde me di cuenta que se trataba del Boletín Oficial de la Junta de Andalucía. Lo que me llevó a dos conclusiones. Primera, que yo era un mal pensado y segunda que echaba de menos alguna compañía. Sospechaba que no me lo iba a pasar del todo bien estando solo, sin poder compartir las vivencias que me esperaban los próximos días. Lo pude comprobar esa misma tarde. Iba pertrechado con mi colección de fotos aéreas, mi estereoscopio de bolsillo, mis prismáticos, mi brújula, mi transportador de ángulos, mi escalímetro, mis minutas de papel, mi mapa —versión anterior de la hoja que iba a formar—, mi cuaderno de anotaciones, mis lápices de colores y mi cantimplora. Con todos los útiles desparramados sobre el asiento del copiloto y con la ilusión del neófito en mi espíritu, enfilé por la carretera de salida del pueblo en dirección hacia Almería; al cabo de pocos kilómetros me dio la sensación de encontrarme en otro mundo. Ningún coche en la carretera, ninguna edificación a la vista, rodeado de cerros secos moteados por plantas

de esparto. Con un calor que secaba el cerebro hasta transformarlo en una nuez, aún a pesar de llevar las ventanillas abiertas, para que el aire refrigerara la altísima temperatura interior del vehículo. Me detuve en el arcén estupefacto, paré el motor y una voz interior me indujo a salir del coche. Respiré hondo y recordé la frase recogida por Juan Goytisolo en la obra *Campos de Níjar*: «tierra de esparto, mocos y legañas». Sin embargo, en medio de aquel atochal, con una soledad solo acompañada por el silencio bajo el cielo azul y todo el peso del universo sobre mis hombros, me sentí tan fascinado por el paisaje como cuando, sentado en un banco de cualquier catedral, miro alrededor y admiro la belleza que eran capaces de levantar los arquitectos medievales.

La mañana siguiente la dediqué a resolver trámites burocráticos. Envié un telegrama desde la oficina de correos a mi jefe —era el registro físico oficial de que el funcionario se encontraba en la zona de trabajo y servía de justificante del cumplimiento del servicio—. Luego, en el puerto encontré unas oficinas de Policía y ufano me dirigí al guardia del mostrador para comunicarle que a iba estar una temporada merodeando por los caminos de la zona en misión oficial. Para corroborarlo le mostré una credencial, que me había firmado el jefe de personal, donde se explicaba la enorme importancia de mi trabajo y se pedía la colaboración de las autoridades locales para el mejor cumplimiento de mi deber. El policía me despachó con amabilidad diciéndome que no me preocupara, que me moviera con entera libertad por donde quisiera, advirtiéndome de que algunos caminos eran peligrosos para la integridad de turistas como el mío y que tuviera precaución por donde me metía para no quedarme tirado. También me comunico que avisaría a otros cuerpos de seguridad de mi presencia. Tan contento, porque las cosas marchaban sobre ruedas, me dirigí al ayuntamiento. En aquellos tiempos, la mejor fuente oficial de información para la actualización del mapa. Allí logré hablar nada menos que con el arquitecto, un paisano tan orondo como moderno, que me explicó, sin mucho lujo de detalles ni muchas ganas, los planes urbanísticos del municipio, de los que tomé cumplida nota para observarlos *in situ* y reflejarlos en mis minutas. Pero sí me recalcó que no iba a encontrar muchas edificaciones nuevas porque la proximidad del parque natural no facilitaba, para su desgracia, la expansión inmobiliaria del pueblo.

Animado por el desarrollo de los acontecimientos pensé en subirme a un sitio alto desde el que tuviera buena visibilidad sobre una amplia zona. Me

sería útil para familiarizarme con el entorno y ayudaría a planificar mis itinerarios de los próximos días. Para ello debía dejar atrás la Carboneras industrial, constituida por una central térmica, alimentada de carbón nacional que venía en barco por el Mediterráneo —échale hilo a la cometa. ¿No habría sido más barato poner la instalación más cerca de donde se extraía el mineral?—, más una fábrica de cemento que se nutría de una cantera cercana. Ambas con su puerto privado para carga y descarga de materiales y sus áreas de acopio, que vistas en la imagen aérea, una blanca y otra negra tan simétricas y afines, parecían la viva representación del ying y el yang.



Central térmica y cementera de Carboneras

Estas infraestructuras provocaban las nubes de partículas más contaminantes de toda Andalucía, así que eran la razón fundamental para considerar su entorno como una isla excluida del Parque Natural Marítimo-Terrestre de Cabo de Gata-Níjar. Poco antes de ascender hacia Faro Roldán, me llamó la atención un aparcamiento de tierra con un cartel en madera «Playa de los Muertos». Después de un par de kilómetros llegué arriba, el faro se hallaba en el borde de una pequeña

meseta que por su altura me serviría para otear una gran área de terreno. Todavía no había cerrado la puerta del coche, cuando observé tras de mí la llegada de un vehículo de la Benemérita. Sin duda me habían seguido tras ser alertados por el guardia del puerto, así que me apresuré a sacar mi salvoconducto, que mostré a la pareja después de dar los buenos días con mi mejor sonrisa. Intentaba evitar tener que sufrir un hábil interrogatorio, sobre mis aviesas intenciones a la vera de un vértice geodésico que allí se erigía. Arriba soplaban un viento molesto, de manera que preguntaron poco y enseguida hicieron mutis por el foro, mientras por el otro extremo de la meseta — como si hubiera estado esperando su turno para aparecer en escena— salía de sus dominios el farero. Le apetecía pegar la hebra conmigo, me contó que no residía allí permanentemente pero aquella tarde había subido para realizar unas pequeñas reparaciones. Le pregunté por el origen del nombre de la playa y se recreó explicándome que era una de las más bonitas de la zona. A unas aguas cristalinas se unían su blanca arena y el color violáceo de unas insólitas formaciones rocosas. Además un acceso difícil la hacía ideal para la práctica nudista, me comentó guiñándome un ojo mientras dibujaba una sonrisa. A continuación, poniéndose más serio, me dijo que se llamaba así, por ser el lugar al que eran arrastrados todos los ahogados y demás materiales flotantes debido a las corrientes dominantes de la zona.

Explorando las fotos, mientras preparaba el viaje en Madrid, observé el Cráter de la Granadilla que me llamó la atención. Estaba en las proximidades de Níjar y tomé nota mental de visitarlo cuando tuviera oportunidad. Para un joven urbanita como yo, siempre andando por las calles entre edificios, era algo mágico encontrarse en el fondo de un hoyo rodeado de montaña, percibiendo como la fuerza telúrica de la naturaleza te penetra por los poros de la piel y sintiendo como toda la tierra gira sobre su eje. Según sobrepasaba el Cortijo de Torres me sorprendió ver un autobús, como de antes de la guerra, aparcado a un lado del camino. El turismo de sol y playa no era habitual por ese paraje. ¿Qué hacía tal cantidad de personas en un sitio como ese? Apunté la cifra del cuentakilómetros [Cortijo de Torres: 01932], salí del coche escamado y empecé a entrar en el cráter por la rambla arenosa que actuaba como canal de desagüe de las pocas precipitaciones que allí se producían. Cada pisada desenterraba un cristal de color rojo oscuro, eran minerales de granate. A los pocos pasos empecé a escuchar un murmullo de voces que según me acercaba se fue transformando en griterío. Había coincidido con una excursión de estudiantes granadinos, cuyo profesor de ciencias les estaba enseñando lugares

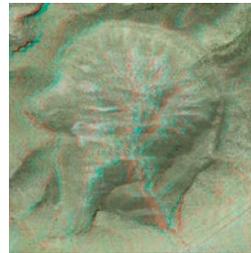
donde recolectar diferentes minerales, que son muy abundantes por la zona. Mi decepción por no disfrutar del sitio en solitario, se vio finalmente compensada con la alegría contagiosa de los chavales compitiendo por encontrar el cristal de granate más grande y geométrico.



Fotografía aérea



Mapa



Anaglifo 3D

Luego descubrí que lo más agradable había sido la posibilidad de conocer a su profesor, que enseñaba como los míticos maestros de la república, implicados con sus alumnos en impartir clases magistrales sobre el terreno, o comprometidos con ir dando tumbos por pueblos aislados y atrasados, enseñando a leer y proyectando películas con las Misiones Pedagógicas, para combatir la incultura que assolaba España.

Entre el pueblo Cabo de Gata y el faro del mismo nombre transcurría la recta carretera que separaba la línea de costa a mano derecha, de las salinas que se extendían a mano izquierda. Formaban una cuadrícula, de abscisas y ordenadas, rellena de agua y cada uno de los rectángulos se veía de una tonalidad diferente, creando un precioso mosaico de colores. Su belleza era subrayada por la gran cantidad de flamencos, que se agachaban para meter la cabeza en sus aguas buscando alimento o permanecían parados



gado un par de veces contra el suelo, pero aquí estamos, sanos y salvos—. Me revelaron que también habían estado a punto de rendirse y volver por donde habían venido, pero ella remató la conversación concluyendo — ¡Es un entorno tan maravilloso, que merece la pena arriesgarse un poco! —. En cuanto ellos continuaron su marcha, pensé que tenía la obligación de honrar mi profesión «lo que otros hacen por afición a mí me sirve para ganarme la vida. Si ellos lo han hecho de gratis, ¡Cómo no lo voy a hacer yo cobrando!» Así que subí al coche, anoté los guarismos del cuentakilómetros [Collado de Vela Blanca: 01571] y pisé el acelerador contento con la idea de desempeñar un empleo de lo más entretenido y gratificante. Mientras bajaba con mi Seat Fura por aquél carril, despacito para no quedarme embarrancado, un ojo en el camino y otro en el horizonte, sufrí varios empellones por la irregularidad del terreno, pero en cuanto atravesé el barranco de Mónsul apareció una llanada en la que podía disfrutar de la observación del panorama sin riesgo de accidente. Estaba disfrutando tanto del paisaje desértico, que me sorprendió encontrarme de improviso con la Bahía de los Genoveses. Sobre el agua flotaban fondeadas varias decenas de naves de época, parecía la recreación de una batalla naval. Me sonaba que Terry Gillian estaba filmando «Las aventuras del barón Munchausen» por estas playas, así que ilusionado me acerqué lo más que pude, aparqué el coche y me dirigí andando hacia las dunas, que suponía se habrían transformado en un set de rodaje. Según bajaba por el camino me encontré con un figurante disfrazado de hidalgo y no pude por menos que preguntarle — ¿Cuál es la película que están rodando?— Él se volvió extrañado y respondió — ¡No tengo ni idea de que me habla buenmozo! Yo vengo a enrolarme en la Armada que dirige Don Juan de Austria. La lucha contra el turco no puede esperar más—. Después de mirarme de arriba abajo continuó —España no tiene porvenir si no se combate al infiel—. Ante mi cara de estupefacción se atrevió a conminarme —Si fueras un español de ley deberías seguirme hasta la galera Marquesa y alistarte en ella, porque estamos a punto de levar anclas—. Yo no sabía que pensar, pero él lo tenía muy claro —Si no haces caso a Miguel de Cervantes te perderás la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros—. La última sentencia me convenció de que estaba hablando con un chiflado, así que lo dejé seguir refunfuñando mientras se alejaba. El incidente me había dejado tan atónito que, muy a mi pesar, renuncié a presenciar el espectáculo cinematográfico y me volví hacia el vehículo para continuar con mi misión. Siguiendo la ruta, el destino volvió a reunirme con la alargada sombra de Cervantes. Fue cuando divisé un molino de viento, que se alzaba desafiante en lo alto de un

cerrillo ya en los alrededores de San José. Finalmente conseguí llegar a su puerto indemne, sin ningún «entuerto que desfacer», ni novedad que reseñar.

Otro día, explorando por las cercanías de Los Albaricoques me aventuré por un camino carretero que prometía llevarme a Rodalquilar, discurría por terreno llano dejando a los lados cerros pelados, me trasladaba de cortijo en cortijo y hacía un sol de justicia. Al aproximarme al Cortijo del Fraile, dado que mi cantimplora se había agotado, decidí que pediría agua a sus moradores. Aparqué en una esquina apartada del edificio y anoté la cantidad del cuenta-kilómetros [Cortijo del Fraile: 01928]. Según me acercaba a la entrada escuché cantar una nana a dos voces:

*Duérmete, rosal,
que el caballo se pone
a llorar.
Las patas heridas,
Las crines heladas,
dentro de los ojos
un puñal de plata.
Bajaban al río.
¡Ay, cómo bajaban!
La sangre corría
más fuerte que el agua.*



Cortijo del Fraile

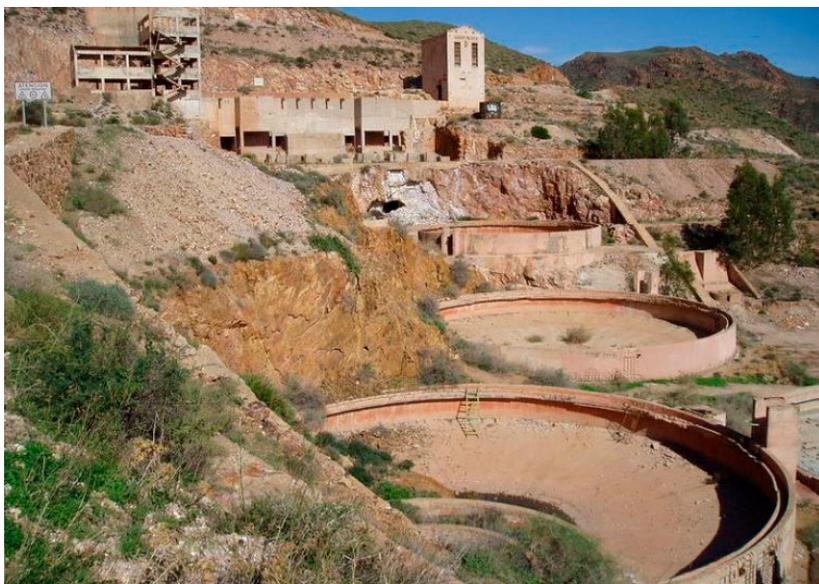
Grité cuanto pude para que me oyeran —Buenos días. ¿Hay alguien dentro?—. Salió a la puerta una mujer joven, me preguntó que me traía por allí. — Solo quiero un poco de agua. Estoy seco—. Aguarde un segundo señor, ahora le saco una cántara fresca— me dijo y se metió para dentro. En ese momento llegó un hombre galopando a caballo. Por la pinta que traían deduje que tanto el jinete como el animal necesitaban refrescarse más que yo. Al salir la mujer y ver al caballero casi se le cae la cantarilla —Leonardo, bebe algo y mete a descansar ese caballo que viene reventado—. Mujer, vengo de estar con los medidores de trigo y tengo que ponerle herraduras, porque últimamente siempre se le caen— contestó el hombre ciertamente congestionado. Ante la tensión ambiental, me limité a llenar mi cantimplora, dar las gracias y quitarme de en medio. Mientras volvía hacia mi coche, una mujer mayor salió al umbral replicando enfadada — ¿Por qué no le explicas a tu mujer que te sigues viendo con tu antigua novia?— El marido aguantó callado el chaparrón, luego tiró fuerte de las riendas e introdujo al caballo por un zaguán hacia el interior del cortijo. Su mujer empezó a derramar lágrimas que goteaban mansamente sobre el agua del recipiente que había sacado. Subí al coche aturrido por el furor de la cultura popular gitana que había teñido la escena y no pude quitarme el episodio de la cabeza hasta muchos días más tarde.

Me quedaba poco para llegar a Rodalquilar, pero era el peor tramo porque el camino se hacía ascendente y pedregoso. Entré en un barranco repleto de bocas de minas abandonadas a ambos lados del carril, al poco vi a un individuo solitario que caminaba despaciosamente por la rampa. Lucía chaleco de cuero marrón, sombrero de cuero marrón y bolso en bandolera de cuero marrón. Me paré a su altura para invitarle a subir y acercarle al pueblo. Aceptó gustoso y mientras apartaba todos mis útiles del asiento delantero, deduje por la originalidad de su indumentaria, la blancura de su piel y el rubio cabello, que se trataba de un extranjero. Iba sudoroso porque la cuesta era empinada, pero saltaba a la vista que no era un turista convencional. Se me ocurrió que solo le faltaba el látigo para parecerse a Indiana Jones y volví a pensar que por estos lares todo me retrotraía a la apoteosis del *spaghetti western*. *Indi* se interesó mucho por mis planos y me explicó que era un yanqui afincado en Denver, la capital del estado de Colorado, me aclaró, para darse importancia. Me dijo que se dedicaba a la geología y estaba trabajando en la búsqueda de minas de metales preciosos, para reabrir las y extraer el mineral usando métodos modernos que renta-

bilizaran la explotación. Hablaba bastante bien el castellano, porque hacía poco había venido de Bolivia, donde propuso al Gobierno un proyecto para arrasar el «Cerro Rico» de Potosí con maquinaria pesada y sacarle hasta el último gramo de plata que le quedara en la actualidad. Aunque los conquistadores se llevaron la parte del león de la riqueza que en él se es-



condía, todavía restaba buena cantidad de zumo que exprimir. Sin embargo, no tuvo éxito porque ese cerro era tan sagrado para los indígenas que figura, junto con el cóndor y la llama, en el escudo del país. Un símbolo como ese no podía desaparecer y menos bajo las órdenes de un gringo, por mucho negocio que pudiera ser para una nación pobre. También me indicó que no había venido a este rincón del mundo al buen tuntún. —Te habrás fijado al hacer el mapa que la toponimia de la zona está llena de términos minerales— «Cráter de la Granadilla» «Cerro de la Amatista» «La Joya» «Lomilla de las Palas» —Esto no es por casualidad, aquí abundan muchos filones que no han acabado de ser extraídos en su totalidad— me estaba contando, cuando asomamos a lo alto del complejo de lavado de las minas de Rodalquilar y me pidió que bajáramos para tomar unas fotos. La panorámica era imponente, más si cabe debido al estado de abandono de las instalaciones. Estábamos a la sombra del edificio que tenía un par de torres de varios pisos y por debajo se encontraban los inmensos depósitos circulares usados en el proceso de extracción del oro. Más allá ladera abajo se sucedían los vertidos terrosos que resplandecían en la superficie creando múltiples matices de diversos colores. —Esta planta se llamaba Denver, igual que la ciudad en la que vivo, la inauguró Franco hace más de 30 años y ha sido la más productiva de toda la zona hasta que fue cerrada— me dijo, fanfarroneando de su conocimiento frente a mi ignorancia.



Antes de bajar hacia el pueblo a comer, ya que el hambre empezaba a pedir algo con lo que llenar la andorga, fuimos a visitar el poblado minero abandonado. Estaba situado en un llano próximo. Si no hubiera sido por la compañía del americano habría creído encontrarme en otra dimensión temporal. Las casas del poblado, construidas como chalets sobre calles dispuestas en cuadrícula cartesiana, en su mayoría carecían de techumbre, también faltaban puertas o ventanas y uno podía penetrar en las viviendas sin dificultad. Dentro, sin asomo de mobiliario alguno, con los suelos de tierra y las paredes desconchadas, el abandono provocaba que matorrales y plantas crecieran en las habitaciones de la casa. Salí con una sensación de desolación tan grande, que me dejó el estómago todavía más vacío. Al americano le debía pasar lo mismo, porque me dijo que tenía el ombligo pegado al espinazo. Él conocía un restaurante en el pueblo, cuya cocinera era mejicana y hacía unos guisos de quitarse su sombrero de aventurero —Te recomiendo, que no veas la mugre que tienen sus cacerolas y sartenes— me avisó arrogante, por si era escrupuloso. — Bueno, entonces nos limitaremos a degustar sus platos— le respondí entre carcajadas.



Otro lugar que me llamó la atención mostraba, en las imágenes aéreas, un aspecto que me recordó a los geoglifos de las milenarias líneas de Nazca. Consistía en un batiburrillo de dibujos geométricos con formas a veces ondulantes, a veces rectas y con varias circunferencias y elipses que las circundaban. Llegué a Casas de los Nazarenos para resolver las incertidumbres surgidas, porque ocupaba una extensión bastante amplia del mapa. La realidad era menos romántica de lo que mi revoltosa imaginación había sugerido.

No era más que un Centro Experimental de Michelín, compuesto de pistas de pruebas con distintos firmes (asfalto, grava, piedras, polvo, etc.) donde



se probaban neumáticos, especialmente concebidos para vehículos pesados, a base de hacerles rodar horas y horas, tanto por terrenos llanos como por cuestas. Los resultados se analizaban en laboratorio para validar los compuestos usados e incorporarlos a las futuras unidades de producción. La singular ubicación se había elegido porque cumplía un criterio imprescindible. La escasez de precipitaciones en la zona permitía largos periodos de pruebas, ya que estas debían paralizarse cuando aparecía la lluvia. Con todo, lo que más me impresionó fue el mimo con que preservaban un drago de 400 años, que se encontraba dentro del recinto y que era la vedete vegetal en un entorno eminentemente industrial, pero cuidadoso con el medio ambiente. Regresé a Níjar por el mismo camino que había llevado a la ida, pero curiosamente, en varias ocasiones pensé que me había desorientado, porque la cantidad de invernaderos que ahora me rodeaban era infinitamente mayor que la existente por la mañana. Yo sabía que los recintos bajo plásticos los levantaban con rapidez, pero la diferencia en número era tan abismal que resultaba imposible alzar tantos en tan pocas horas. Al final solo pude llegar a una conclusión lógica, o he vuelto por otro lugar o he vuelto por otro tiempo.

Estaba llegando a Las Negras, en un día fresco y conducía despacio concentrado en la contemplación del entorno, cuando observé por el retrovisor la llegada de una furgoneta de vivos colores. Se pegó a mi rebufo y empecé a ponerme nervioso pensando que mi ritmo lento, para no perder ningún detalle topográfico digno de aparecer en el mapa, entorpecería su marcha. De manera que encendí las luces de *warning* y aminoré la velocidad con la intención de que me adelantara. Sin embargo, el furgón empezó a jugar con la distancia de separación, alejándose y acercándose a mi coche más de la cuenta, sin dejar de repiquetear el claxon con distintos ritmos. Al sobrepasarme comprobé que eran cuatro varones graciosos que se estaban divirtiendo conmigo y con los canutos que se iban fumando, a juzgar por la zorrera de humo en el interior de su Volkswagen T3. Al llegar al pueblo me topé con el vehículo, matrícula alemana, habilitado como autocaravana y mal aparcado en la puerta de un supermercado. Entré y allí estaban los cuatro alemanotes, altos, con pelos largos y cara de colgados. Después de repartirse por todos los pasillos del local, se limitaron a comprar pan y vino, pero se habían abastecido de latas de conservas, queso y chorizo que ocultaron debajo de sus cazadoras al pasar por la caja. En la calle, para que les perdonara la broma, me invitaron a acompañarles en su camioneta trotamundos a la Cala de San Pedro. Era considerado un lugar legendario, al que solo se podía llegar en barco o después de caminar una legua. Con su

inaccesibilidad como bandera, concitaba a hippies, comunas, líderes sin secta, gente joven que solo pensaba en divertirse o especímenes con un único lema «Paren el mundo, que yo me bajo». Así que espoleado por la curiosidad acepté la invitación y subimos por un camino descarnado, escuchando música de Bob Marley a todo volumen y haciendo circular la *ganja* de mano en mano para contribuir a la comunión grupal, hasta que la furgoneta no pudo seguir más. Continuamos el camino a pie llevando los víveres que acababan de requisar y me fueron relatando que iban a circunvalar la península ibérica por la costa, en el sentido de las agujas del reloj. Me confesaron que los cuatro ya habían pasado una noche en el cuartelillo de la Guardia Civil por un malentendido creado cuando se encontraron unas gafas *Ray-ban* olvidadas en la mesa de una terraza. —Parad el carro majetes, no me toméis el pelo, que si intervino la autoridad competente sería por algo de más enjundia— les insinué ante la candidez de la milonga que me estaban cantando. —Es verdad, tienes razón, fue un asunto más complicado. Tú ya nos entiendes... Pero a la mañana siguiente nos dejaron ir, con la severa recomendación de abandonar el pueblo en ese mismo instante.

Íbamos andando a media ladera con el mar acompañándonos por la derecha cuando avistamos el castillo de San Pedro. Era el prelude de la llegada a nuestro destino, un pequeño oasis de verdor con un cortijo como principal edificación. El paraje se encontraba en la desembocadura de un barranco, excavado sobre farallones de 250 m de altitud. Calculé que, casualmente, la longitud de la playa tendría también esa misma distancia, de modo que reforzaba la sensación de encontrarse en un lugar recóndito, remoto y aislado. Alguna barca varada sobre la arena y varias parcelas cultivadas anunciaban la existencia de habitantes, pero a esas horas de la tarde no se veía movimiento de persona alguna. Cuando empezaba a pensar que me tendría que conformar con pasar la velada bebiendo



Cala de San Pedro

vino en compañía de los cuatro antisistema, apareció un grupo numeroso de gente que después de encender una hoguera en la playa se dispusieron en corro alrededor, para ejecutar lo que parecían una suerte de asanas de yoga. No tardé en acercarme a ellos y en una pausa pregunté por lo que hacían. El cabecilla me contó que buscaban un «nuevo ser humano», que viviera en armonía con el cosmos y liberado del materialismo rampante. Por lo visto, se trataba de un tipo de meditación dinámica, en la que se sucedían fumadas de cannabis, seguidas de danzas lupercales adobadas con toda clase de chillidos y plegarias incomprensibles, que inducían a un ambiente orgiástico en el que se desataban pasiones sin freno y se satisfacían apetitos sin tasa. De madrugada una de las muchachas me comentó que seguían a aquel gurú *new age*, para transformarse en seres más plenos, sin reprimir los deseos, como hacen las religiones tradicionales. Así trascendían la forma de vida cotidiana y familiar, llegando a encontrar una interconexión con la deidad a través del amor libre. En cuanto amaneció regresé al pueblo, no quería volver a encontrarme con el líder de aquella tribu de adolescentes sin fecha de caducidad, que por cierto, tenía el cuajo de hacerse llamar «Pigmalión». Durante la caminata de vuelta fui pensando que me hubiera gustado poder trasladar la experiencia al mapa, para insertar un aviso a navegantes novatos interesados en la exploración espiritual y el misticismo cándido.

La noche anterior a la vuelta a Madrid estaba cenando, como casi todas las noches, a base de las generosas tapas que te ponían con las cañas en los bares del pueblo. Pegué la oreja al diálogo que sostenían una pareja de hombres de mediana edad, hablaban en inglés con bastante desinhibición, pensando que ningún parroquiano los entendería. Escuché un argumento sobre el espacio-tiempo y no pude resistirme a meterme en la conversación. Los individuos eran un físico y un matemático de la cátedra Lucasiana de Cambridge, estaban investigando una serie de extraños fenómenos anacrónicos en la zona. Habían verificado que, dentro del ámbito del parque natural, ocurrían aleatoriamente anomalías temporales, que te podían trasladar tanto hacia el pasado como hacia el futuro. Cuando les dije que llevaba un mes moviéndome por allí, me pidieron encarecidamente que intentara recordar si había apreciado algún anacronismo durante mis trabajos de campo. Entonces caí en la cuenta de que a lo largo de toda la campaña había sufrido episodios llenos de incongruencias en el espacio-tiempo. Les conté mis aventuras y me confirmaron que, indudablemente, yo había tenido la suerte de ser un viajero en el tiempo. Me rogaron,



que si me iba a ir, les dejase un teléfono de contacto para poder hablar y documentar sus investigaciones con mis experiencias.

A la mañana siguiente al abandonar el motel hice la última anotación [Salida de Carboneras: 02014] y tomé la carretera hacia Mojácar. Al pasar por la rambla donde me había dado de bruces con el rodaje, en lugar de encontrarme una ciudad árabe, me topé con un apabullante y horrible edificio de fachada escalonada mirando al mar, sobre ella una pintada con letras gigantescas rezaba: «HOTEL ILEGAL».

A partir de aquellos días, a mi Seat Fura empecé a llamarle el *DeLorean* y cada vez que me extraviaba con el coche, lo primero que hacía era escrutar la cifra que marcaba el cuentakilómetros.

Abril de 2018

El topógrafo, el tuerto y el perrito

Antonio Sáez

El topógrafo, el tuerto y el perrito

Antonio Sáez

Alejandro separó las manos sudorosas del volante del dos caballos y miró el reloj, faltaba una hora para que suspendiera el trabajo y comiera en el pueblo mas cercano. Ya llevaba dos semanas recorriendo como topógrafo la comarca de la Segarra en Lleida y tenía establecido su campamento de invierno en Cervera.

Esta campaña se le estaba haciendo particularmente larga, su labor consistía en confirmar y ampliar la toponimia de las hojas del Mapa Topográfico Nacional a escala 1:25.000. Echaba de menos a César, su compañero de siempre, con quien había recorrido decenas de pueblos, repartidos por toda la piel de toro. Muchos fríos, muchos calores y algún que otro berrinche, pero sobre todo muchas risas, los dos con un parecido sentido del humor, convertían en hilarantes las situaciones más penosas. Pero su compañero del alma, que era un poco mayor que él, había decidido poner fin a su peregrinaje y se había refugiado en un puesto burocrático más cómodo. Como la decisión fue tomada a punto de iniciarse la campaña, tuvo que comenzar esta solo, al no darle tiempo a buscarse un nuevo compañero, eso sí, con la firme decisión de solventar esta cuestión para la próxima.

Echó una mirada al mapa 1:50.000 que le servía de guía y que siempre llevaba desplegado en el asiento del copiloto, observó que le quedaban unos diez kilómetros para el próximo pueblo, volvió a mirar el reloj y calculó que si este se le daba bien, definitivamente pararía a comer en el siguiente.

Al llegar a su objetivo, no vio a nadie de momento, lo que achacó a lo desapaible del día y a la hora próxima a la comida. Decidió meterse por la primera calle que le vino a mano, dispuesto a abordar al primer vecino que se pusiera a tiro y le sirviera de informador. Pero la soledad más absoluta le rodeaba. El final de la calle que había tomado le condujo hasta la plaza, donde lo que supuso el Ayuntamiento permanecía cerrado a cal y canto, lo mismo que la iglesia, solamente coronada por una cigüeña que instalada en su nido le contemplaba indiferente.

Lo mismo ocurrió en las siguientes dos calles, se dispuso a hacer valer el refrán y encaró una tercera para ver si esta era la buena y si no abandonar en el intento. Cuando casi llegaba al final de las misma, al doblar un recodo descubrió a un hombre que, sentado en un poyete de piedra situado en el quicio de la puerta, contemplaba su llegada. Tenía uno de los ojos tapado con un parche, que le daba un cierto aspecto de pirata rural. A su lado un pequeño perro saludaba su presencia con ladridos. Alejandro vio el cielo abierto y parando el coche a su altura, abrió la ventanilla.

- Buenos días, ¿tendría usted inconveniente en contestarme a unas cuantas preguntas, para confirmar nombres de parajes de alrededor del pueblo?.
- Pues mire usted señor, si no baja del coche, se sienta conmigo, a *meu costat* y me da un poco de charla, ahora mismo no me acuerdo de ningún nombre.

Le hizo gracia la salida del lugareño —¡cómo no!, ahora mismo— aparcó su polvoriento coche y saliendo de él con la carpeta de trabajo en la mano, ocupó un sitio al lado del curioso informador.

El hombre tenía una charla agradable, su castellano a pesar de su marcado acento catalán era más que aceptable.

- ¿Entonces usted vive solo en el pueblo?
- Pues sí señor, bueno, solo no, está este amigo, que no me deja ni a sol ni a sombra— dijo mirando con afecto al pequeño perro que lucía en su cuello un cascabel pendiente de una correa, y al que hacía sonar constantemente.
- ¿Y cómo se le ocurrió ponerle un cascabel? Yo hasta ahora solo lo había visto en gatos.

- Mire, a mí los gatos no me gustan res de res, si fueran más grandes nos comían. Entonces me dije y por qué estos *fijs de puta* van a tener la exclusiva del cascabel, así que se lo puse a Tristán que ese es su nombre.
- ¿Y cómo se las apaña usted solo, tendrá problemas, no?
- No crea, de vez en cuando pasa por aquí una furgoneta y le compro cosas, luego están los productos del campo que yo mismo cultivo, y alguna vez salgo a pegar cuatro tiros y siempre cae algún cunill, con todo eso me voy apañando. Para otras cuestiones, algunos fines de semana, viene por aquí un sobrino mío, que trabaja en la Seat de Barcelona, y le encargo algo. Él viene a montar su moto, que la tengo en el corral, son de esas que las llaman "tral" o algo así, cosas de la juventud. Toda la vida pidiendo a los políticos que nos hagan carreteras y caminos vecinales, y cuando por fin conseguimos que esos *bandarras* nos hagan caso, van estos y se meten con las motos campo a través ¡cosas de locos!

Afortunadamente, el único habitante del lugar se conocía palmo a palmo su terreno, así que en poco tiempo Alejandro acabó su trabajo.

Al llegar al siguiente pueblo observó que tampoco había mucha gente, pero al lado del que venía le pareció una multitud. Se paró con una mujer joven que arrastraba un niño que berreaba como si lo estuvieran matando.

- Señora, por favor ¿dónde podría comer por aquí cerca?
- Y tan cerca, lo tiene casi detrás de usted, es el único bar del pueblo que está abierto, es ese que pone "El portet". Ahora comer, depende de lo que el dueño haya decidido hoy, usted pregunte.

Aparcó el coche, cogió la carpeta y se dirigió al pequeño bar, dispuesto a si era posible comer y rematar la faena matutina.

El local, no muy iluminado, acogía en esos momentos a tres hombres mayores sentados en una mesa y el que supuso dueño del bar, que detrás del mostrador le contemplaba con curiosidad.

- Buenos días, ¿por favor podría comer?

- Sí, hoy se puede comer, se lo digo porque hoy la parienta —se veía en el habla y en el acento que era de debajo de Despeñaperros— ha hecho más comida. Cuando esto ocurre, podemos dar alguna, si no viene nadie, nos la comemos nosotros al día siguiente.
- Estupendo ¿qué es lo que tienen ustedes hoy?
- Tenemos habas a la catalana, y aunque mi mujer es de Jaén, se puede decir que las borda.
- Pues vamos a comprobarlo, ¿dónde me siento?.
- En esa misma mesa.

El del bar le señaló una que se encontraba entre la mesa ocupada y el mostrador, del cual enseguida salió el dueño y le puso un servicio acompañado de una botella de vino, al tiempo que le decía —No le pregunto qué vino quiere, porque solo tenemos este. Es de una cooperativa que forman cuatro pueblos de la comarca, yo creo que les ha salido bastante bueno.

Alejandro se despojó de la cazadora, que colgó cuidadosamente de la silla que tenía al lado y se sirvió un poco de vino, mientras que desde el mostrador el dueño le comentaba —¿Va usted de paso o es de por aquí?

- Se puede decir que voy de paso, estoy comprobando los nombres geográficos de la comarca de la Segarra y voy pueblo por pueblo para, con la ayuda de todos, poner los nombres correctos.

Uno de los de la mesa saltó:

- Hombre, eso está muy bien, porque el secretario del Ayuntamiento tiene un mapa oficial y no quiera ver las barbaridades que pone.
- Pues eso es lo que tratamos de corregir, vamos arreglar la toponimia.
- Llámelo como usted quiera, pero pongan los nombres como se han llamado toda la vida.
- En eso estamos — contestó Alejandro, que no tenía muchas ganas de discutir.

El del mostrador, que apareció con un generoso plato de habas, le comentó — Pues habrá sitios donde tendrá usted dificultades para preguntar, porque hay pueblos que hay muy poca gente.

- Así es. Por ejemplo, en el pueblo de al lado casi no hay nadie. Otro que hasta ahora había permanecido callado le preguntó.
- ¿Cual, el primero camino de Cervera?
- Sí, ahí he estado solo con una persona. Un silencio se apoderó del local.
- En ese pueblo no hay nadie— le afirmó tajante el que le había preguntado.
- Pues yo he estado informándome con un señor, que por cierto era tuerto.
- No me diga que usted ha estado viendo también al *tort*. — le dijo sarcarrón, mientras el del bar recitaba supersticioso — ¡lagarto,lagarto!— tocando con el dedo meñique e índice una repisa de madera.
- Pues sí señor, he estado con él y con su perrito.
- Al perrito si le habrá visto, pero no al *tort*, que murió hace ya unos pocos años. Eso se lo habrá contado alguien que le ha querido gastar alguna broma. Allí no vive nadie, lo que pasa es que a alguien hace tiempo, le dio por decir que se aparecía el del parche, se han corrido las voces, y pasa lo que pasa.

Alejandro quiso iniciar una protesta, para demostrar que lo que decía era verdad, pero el del bar, al que el tema no parecía hacerle ninguna gracia le cortó.

- ¿Que tal las habas? Se dejaban comer, ¿eh?
- Si, si, estaban muy buenas.

Pero uno de la mesa, siguió con el tema.

- Mire usted, yo tengo una hija casada en Madrid y me ha contado que también allí, en una carretera de la sierra, se aparece una chica joven que falleció en un accidente, creo que la llaman “la muerta de la curva”.

Alejandro le confirmó — Sí, yo también he oído esa historia.

- No se caliente más la cabeza, allí el único ser vivo que hay es el gosset, bueno, perrito en castellano, y eso gracias a que siempre hay gente buena que le lleva algo de comer.

Alejandro decidió aprovechar la presencia de los “informadores” y confirmó o varió los datos que precisaba. Pagó y se fue, se sentía incómodo al pensar que le tomaban por loco.

A la vuelta, al pasar por el dichoso pueblo, de una forma inconsciente recorrió el escaso kilómetro que lo separaba de la comarcal. Nada más avistar las primeras casas, empezó a oír un cascabel acompañado de ladridos, paró el coche, y vio a Tristán, que lo ladraba y luego iniciaba una carrera mirando de vez en cuando hacía atrás.

Cuando se quiso dar cuenta se encontró siguiendo al animal. De repente vio que este se paraba. Fue cuando se percató que estaba en la puerta del cementerio. Un escalofrío le recorrió la espalda, se dio la vuelta e inició un apresurado regreso al coche, que se convirtió en carrera en cuanto vio el vehículo, el perrito le seguía ladrando desafortadamente. Con las manos temblando puso el coche en marcha y hasta que llegó a la comarcal, no se serenó del todo. Entonces notó que estaba empapado de sudor.

La caja de fotos

Luis Antonio Benítez

La caja de fotos

Luis Antonio Benítez

«Creo que el bisabuelo se murió de un tifus por meterse en una acequia al hacer una campaña de líneas límites en Segovia. Iban con ayudantes y borricos por el monte en sus campañas». «¿El abuelo Luis?» Preguntó Luis a su hermano Emilio. Pues sí, su bisabuelo Luis Aguado fue topógrafo. Lo preguntaba mirando una foto que colgaba en la pared, delante de otra enmarcada y antigua de sus padres. Sí, en blanco y negro posaba el matrimonio. No miraban al fotógrafo. Posaban hacia la derecha cada uno a su manera. Parecía un montaje. Él delante de ella. En negro, como de luto riguroso, una foto de tono triste que inspiraba poco romanticismo. El bisabuelo Luis aparecía con un gran mostacho. Se veía flaco con una nariz puntiaguda, elegante y guapo. Lucía semejaba una mujerona bien alimentada o sea, oronda. Una pareja de la época y él, uno de los primeros topógrafos del Instituto Geográfico y Estadístico.

Emilio seguía contestando a las preguntas de Luis. «Esas cosas contaba mamá.

¡Con lo que fue ella! Gracias a su insistencia se conservaron muchas de las reservas documentales de su sección. Fue la Jefa del Archivo Topográfico y por ella se conservan las actas antiguas y cuadernos de campo. Las pañoletas digitalizadas que hoy están colocadas en la web del IGN y que si no fuera por ella habrían desaparecido. ¡Pero qué pena que no lo dejara todo por escrito!». Pues sí, los secretos e historias de las familias se deberían ir narrando. Son como un tesoro. Poco queda de aquellos vestigios, algunas fotos, el título firmado por el Ministro de Instrucción Pública, las medallas a no sé cuál mérito

y poco más. Los precursores de todas las artes deberían de estar preservados para la historia. Sí, hablamos de arte, y es que el conjunto de líneas que forman un plano y que creaba su bisabuelo también eran arte, sobre todo atravesar las montañas en mula para realizar la medición del campo. Aparte de parecer una creación artística, hoy en día sería una hazaña. Viajar para medir el campo con aquellos medios ínfimos, hoy sería un *reality show* topográfico.

— ¡Vaya piernas más largas tienen los topógrafos de hoy en día con sus coches, sus distanciómetros!— Diría el abuelo. ¡Cómo ha cambiado el mundo! ¡La salud, la vida, el GPS, todo se ha transformado tanto y tan poco! Al igual que la fotografía de los bisabuelos por la que no había pasado el tiempo, aunque se encontraba manchada. El bisabuelo hoy sería un *hiter* y la bisabuela haría dieta e iría a yoga, seguramente sería Ingeniera en Geodesia. La fotografía no dispone de fecha alguna. ¡Es una pena!

Así que Luis revolió en la caja de las fotos, repleta de historias. Allí no había datos sobre Cartografía, Fotogrametría, Geodesia, Astronomía, Sismología, Volcanología y Geofísica. No, ni Luis tenía idea de nada de aquello. ¡Qué va, únicamente escuchaba historias! Las que hace años le había contado su madre y que ahora le explicaba su hermano. Las que a ella le había contado su tía Lola, hija del bisabuelo. Así se construyen las leyendas: unos se las transmiten a otros.

Emilio se quejaba de que todos aquellos datos no estaban narrados. Se habían perdido las historias de dónde nacieron sus antecesores. Los hijos del bisabuelo de la foto, en la Casa de los Picos de Segovia. Ya nadie recordaba que la abuela Lucía fue ama de compañía de la Marquesa de Pinohermoso. Nadie se preocupaba de si el cuadro del tatarabuelo lo había pintado Quintanilla o cualquier otro pintor de la época.

Tres generaciones de funcionarios del Instituto y ya no trabajaba allí ninguno. Se habían perdido las huellas de su labor, del espíritu de sacrificio. Ahora todo aquello no consistía más que un montón de fotos, una caja y dos cristales fotográficos de Lumière. Ya no quedaban ni las cosas que contaba mamá. La nostalgia siempre permanece libre, en el recuerdo. Todas las memorias de la época de Ibáñez de Ibero se habían convertido en polvo. Las telas de las ropas

de la abuela Lucía, las mantillas se habían hecho jirones. Los planos, yo creo que enrollados, habían perdido el color. Los objetos superan a los humanos aunque también sucumben finalmente. El único superviviente de mayor edad de la familia padecía deterioro cognitivo. Así, fue difícil rellenar los huecos de las historias que contaba mamá, de las historias del Instituto Geográfico y Catastral donde había trabajado casi 60 años, desde los 18.

En aquella caja de las fotos podías encontrar imágenes de los despachos del Instituto Geográfico de 1940, en las que aparecían posando alrededor de la mesa, una de escritorio muy historiada y con relieves de madera, maravillosa. Posaban diez personas, de las cuales sólo dos eran mujeres. ¡Cuánto han cambiado los tiempos! ¡Por suerte las mujeres hoy llenan los despachos y el campo! También se encontraban dentro del compendio, las fotos del edificio de la calle Ibáñez de Ibero. La caja de cartón descansaba en un estante junto a un busto de color verde, de escayola que imitaba al mármol, de San Isidoro de Sevilla.

Emilio, se acababa de jubilar y andaba preocupado por las maravillas del Geográfico. Se iban a perder los recuerdos sobre las actividades que antes desarrollaba aquella institución y sobre todo porque se borraría la presencia de su querida familia en dicho organismo del Estado.

Amaba la topografía. Esa técnica por la cual durante años describió en un plano la superficie de un terreno. ¡Tantos años midiendo el relieve de nuestro país! Una caja puede recopilar muchos de los valores del Instituto Geográfico.

Amaba la planimetría, la altimetría, la geodesia. En esta vida el amor es incomprensible, no necesita un sistema de coordenadas tridimensionales, esa no es la competencia del corazón. La topografía del amor es la manera de medir los sentimientos, de realizar un plano con todos los recuerdos nostálgicos del pasado.

Amaba aquello que había querido su madre, su tío el contable, su tía administrativa y su bisabuelo, uno de los primeros topógrafos. Tantas generaciones de trabajadores del Instituto Geográfico Nacional que ahora formaban parte del viento, del aire, de la memoria histórica. ¿No existen fondos documentales sobre las personas que construyen las instituciones? Descubrió que sí existen

bases de datos históricos de los antiguos funcionarios. Las personas no mueren hasta que desaparecen todos aquellos seres que atesoran su recuerdo en sus propias mentes.

Cada uno de los familiares se había convertido, en un punto, conectado por líneas con la misma cota respecto a un plano de referencia. Cada uno de ellos formaba parte del plano. Un conjunto de principios y de procedimientos familiares y laborales.

Emilio cuando charlaba con su hermano se acordaba de cuando salía al campo a medir con su teodolito, su cinta métrica y su nivel óptico. Haciendo topografía clásica utilizando un sistema de coordenadas geodésicas. Cuando entre huertas, atravesando acequias o paseando por los montes, medía el campo. No se privaba del sol sofocante del verano, ni de la brisa calmosa del otoño. Se imaginaba a su abuelo Luis paseando por el campo, lo veía montado en una mula y con los pocos medios de que disponían en aquella época. Repetía en su mente ¡Cómo han cambiado los tiempos!

Ese organismo público en el que trabajaron su bisabuelo, su madre y tantos de su familia. Aquella institución dedicada al estudio de los terremotos, a los mapas, la astronomía y a otras tantas cosas, aquel lugar, ya no era suyo. Por ese motivo sus recuerdos se concentraban en una caja de fotos.

¿A quién le importaba Carlos Ibáñez e Ibáñez de Ibero, primer Marqués de Mulhacén, geógrafo español? El principal promotor de la Geodesia en nuestro país, en la época de Espartero. El catalán fue académico de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales y presidente del primer Comité Internacional de Pesos y Medidas.

«Luis» Dijo Emilio a su hermano. «Ibáñez de Ibero fue el inventor de un aparato destinado a medir la base de triangulación geodésica.» Estas historias entre otras le solía contar Emilio a su hermano pequeño cuando miraban la caja de las fotos.

Luis no entendía aquellos términos como geoide, altura elipsoidal, ortométrico, todo aquello que él se empeñaba en explicar. Aun así Luis siempre escuchaba tan atento porque sabía que de alguna manera aquel discurso y

aquellos datos formaban parte de su ADN. Todas las palabras desconocidas para un poeta, se agolpaban en su cabeza. ¡Para eso llevaba el nombre de su bisabuelo Luis! Así que muchas veces observaba la foto de sus dos antecesores con ternura, vestidos casi de luto. Él con aquel gran mostacho, ambos aún tristes, divertidos. Lo imaginaba como lo hizo su hermano montando en un burro camino al campo para medir las tierras de Castilla cada vez que salía a hacer campañas de líneas límite por la zona.

Para Luis un plano o un mapa representaban el corazón. Una línea límite era el espacio que separaba su existencia del recuerdo de sus ancestros. Imaginaba las alegrías y sufrimientos de todos ellos. ¡Cuánto habían cambiado los tiempos!

- Hola soy Ángela vuestra ciber asesora más maravillosa. Como siempre os saludo desde el canal virtual de internet como vuestro aliado en la app cerebral. Así comienza la nueva edición de «Por las vías del Ciber-mundo», el espacio literario de vuestra aplicación cerebral. La mejor app del ciberespacio. El microchip para el cerebro de la marca Brains-Temporary es el más avanzado del mercado con la más alta capacidad de memoria y con todos los programas culturales, juegos, noticias e incluso GPS-2.

Continúo el programa comentándoos que el escrito anterior que os he leído es un texto, que estaba dentro de un sobre. Escrito en bolígrafo ponía «Primer premio del Concurso de Narrativa Breve de IGN 2018» Sí, este texto había ganado un premio. Lo encontré ayer dentro de una caja en el piso que he alquilado para vivir, estaba en un altillo dentro de una caja junto a un montón de fotografías, algunas eran como un negativo de cristal.

Sí, a los 42 años por fin me he independizado. Como sabéis por experiencia las cosas han cambiado mucho ya no existen los móviles, casi todo es teletrabajo y muchas cosas más pero en la España de 2060 algunos asuntos siguen siendo como hace 40 años. ¡Yo no he conseguido hasta el día de ayer irme de casa de mis padres y eso que tengo este super cibertrabajo en el mundo de las tecnologías de la información! Mis padres ya jubilados no veían el momento de que me fuera de casa. Al fin y al cabo ahora todos estamos conectados por la video ciberconferencia app de la marca Brains-Temporary. Es imposible des-

ligarse de ellos son de los que no paran de conectarse. ¡Es fenomenal! Sobre todo desde que el sistema funciona por método del control mental. Mi madre siempre ha tenido mucha adicción a controlarme. Cuando aún existían los móviles, sí, hace 10 años, en el momento en el que desaparecieron los últimos modelos que fueron el paso previo al microchip cerebral, ya estaba hallando la forma de meterse en mi vida.

Bueno no me voy a enrollar con las historias sobre mi vida privada. Es cierto, este relato que encontré dentro del sobre y de la caja narra una historia sobre dos hermanos que habían tenido familiares que trabajaban en una institución llamada IGN. Dentro de la caja me ha llamado la atención sobre todo la foto de la pareja vestida en blanco y negro y la de la gente posando en un despacho antiguo. ¡Todo muy vintage! Hoy en día el Instituto Geográfico Nacional debe de ser un museo.

Ahora que todas las medidas y planos se realizan por medio de la *Ciber Base*, se llaman así los almacenes de datos que tiene Europa en la Luna y en Marte. Allí federales de este recién estrenado país llamado Europa. La Constitución más moderna en el continente más antiguo ha habilitado a los estados de unas tecnologías punteras. Nada tiene que ver con lo que fue en el pasado. Todas las bases de datos se han transformado con el Plan Estratégico de Desarrollo Informático de la Nación de los Estados Unidos de Europa. Un país con un sentir común y muchos idiomas.

Volviendo al escrito, habla de los antepasados de los protagonistas que vivieron en el siglo XIX y describe cómo era el trabajo de un topógrafo de hace muchos, pero muchos años. Aquella caja es muy curiosa y me ha inspirado el espacio literario de hoy. Creo que se trataba de un relato de afectos. Dos hermanos que se unen por el pasado, una caja de fotos les unía en los recuerdos. Aquella institución dedicada a la medida del mundo les enlazaba. Éste hallazgo ahora está en mi posesión. Hoy que todo está reducido a un microchip, de mejor o peor marca que está introducido a nuestra elección en nuestras cabezas y que está conectado con la *Ciber Base*.

¡Curioso mundo vivieron nuestros padres, los de la edad de Emilio y Luis!

¡Interesante el planeta que se describe en éste relato!



¿Parece una existencia más libre? Ya sabéis que sólo con pensarlo podéis contestar a la pregunta de hoy. «¿Es más libre el mundo que vivimos hoy en día que el de hace 50 años?» A las respuestas pensadas más originales les proporcionaremos un premio consistente en dos microchip extras para poder acceder a las nuevas ventajas que ofrece Brains-Temporary. Recordad que vuestra actual aplicación os mide gratuitamente la presión arterial, el azúcar y oxígeno en sangre, todo sin tener que trasladaros a las ciberconsultas sanitarias.

Os dejo un día más con mi mensaje: «Las cosas más sencillas son las que más satisfacción producen al ser humano». Una caja llena de fotos puede contener vuestro pasado y los mejores recuerdos. Hoy en día hemos dejado de lado el placer que nos daban los objetos materiales a favor de un montón de datos que se archivan en las bases de datos para abastecer nuestros pensamientos. Nunca hemos estado tan conectados ni tan informados. Aun así lo que daría yo por vivir ese mundo que vivieron Emilio y Luis hace 50 años.



Aunque yo trabajo en el desarrollo de las nuevas tecnologías de la información cerebral me gustaría que no se olvide el pasado, el de los sentimientos, el de los objetos y de las texturas, la memoria de las personas. ¡Cuánto han cambiado los tiempos!

Me quedo con ésta frase «La topografía del amor es la manera de medir los sentimientos, de realizar un plano con todos los recuerdos nostálgicos del pasado».

2018

El maestro de las estrellas

Alicia Alba

El maestro de las estrellas

Alicia Alba

Esta historia podría ser la de un hombre cualquiera, con un trabajo cualquiera y una vida cualquiera. De hecho, te hubieras cruzado con él, seguramente no recordarías su rostro. Aparentemente, era un señor normal, tal vez sexagenario, vestido sin llamar la atención: pantalones de pinzas, camisa y una chaqueta más o menos calentita según la época del año y también, según el año... Elegante, pero sin pretensión de serlo. Su aspecto físico tampoco resultaba nada extraordinario; se afeitaba de tanto en tanto y tenía la cabeza poblada por una mata de pelo blanco que se alborotaba fácilmente. Sus ojos eran ojos antiguos de color avellana y enmarcados por patas de gallo que se acentuaban con la mínima expresión facial. Como he dicho antes, podría tratarse de un hombre corriente con un trabajo corriente y una vida corriente, pero no lo era.

Le gustaba la música de todas las épocas. Se podría decir que había bailado todas las piezas importantes de la historia y siempre en buena compañía. Le encantaba el cine y sentía verdadera curiosidad por la tecnología, los avances y la ciencia. Desde la invención de la rueda, allá por el año 3.500 antes de Cristo, hasta las últimas técnicas.

Era un tipo curioso al que le apasionaban el conocimiento y, desde luego, la humanidad que lo hacía posible.

Su labor era poner orden, enseñar, vigilar y guiar. Eso mismo. Era un maestro. En realidad, él mismo se hacía llamar así, « maestro » porque su nombre

real resultaba demasiado complicado para pronunciarlo en nuestro idioma. En realidad, era imposible pronunciarlo en cualquier idioma del planeta. Sus alumnos no eran niños revoltosos o adolescentes picados por el virus de la pubertad, sino algo mucho más extraordinario y místico. Las estrellas. Efectivamente, esta historia habla sobre un hombre tan viejo como el planeta Tierra y tan extraordinario como la magia del universo. Él era único. Él es el Maestro de las estrellas.

Su misión era clara: vigilar el firmamento y velar por la seguridad de cada astro que ocupaba la inmensidad del cosmos. No era fácil, pues desde que el ser humano había alcanzado el espacio el peligro era más evidente: más inestabilidad para las nebulosas, que son por naturaleza asustadizas, más presión para las constelaciones, que debían estar siempre perfectas para los curiosos que las observaban desde sus casas con potentes telescopios y, desde luego, había más basura flotando allí arriba, cosa que alteraba demasiado los nervios de algunos meteoroides que no dejaban de quejarse por aquellos inútiles trastos que encontraban y obstaculizaban su camino. En más de una ocasión, alguna de esas rocas, hartas de aquella desfachatez humana, había sucumbido al estrés y se había arrojado a la Tierra como un acto desesperado por llamar la atención de los terrestres, pero sobre todo del Maestro.

El anciano había frustrado grandes avalanchas de meteoroides que, en grupo, tenían la firme decisión de destruir nuestro planeta, pero en ocasiones, estaba tan desbordado, que le era imposible impedir el acto suicida de algún rebelde. Cuando pasaba eso y un meteorito entraba en la atmósfera terrestre, el Maestro concentraba toda su energía vital y mística para lograr la completa desintegración de la roca y evitar daños mayores, pero a veces era tanta la furia del kamikaze, que el impacto resonaba en todo el mundo como un hecho noticioso. No le gustaba esa parte de su trabajo, lidiar con el carácter amargo de los meteoroides le parecía una ardua tarea, y lo peor era tener que ser testigo de la destrucción de uno de sus pupilos. De meteorito feliz, a meteorito frustrado y, finalmente, meteorito muerto. Los grandullones asteroides también amenazaban con un gran impacto, sin embargo, ellos tenían más paciencia, aunque el peligro siempre latía... A pesar de que el Maestro estaba cansado de esos actos de rebeldía, los entendía. Desde hacía un tiempo, la

Tierra estaba rodeada de basura que los humanos habían lanzado al cosmos. Su cosmos.

El trabajo resultaba más fácil cuando las noches eran más oscuras y las estrellas podían titilar tranquilas y los meteoroides surcar la ingravidez libremente sin miedo a tropezar o a enfermar. Cuando lo único que tenía que hacer era procurar que cada una de ellas estuviera colocada en su lugar asignado y que su brillo fuera el adecuado para guiar a los viajeros solitarios y a los descubridores de tierras lejanas. Organizar el revuelo de cada una de las constelaciones para que los arquitectos antiguos pudieran construir templos en honor a ellos. Esos sí que eran buenos tiempos.

Para realizar su trabajo, lo único que tenía que hacer era observar el firmamento y actualizar su diario; muertes, nacimientos, acontecimientos varios, etc. Todo lo que pasaba allí arriba, el Maestro lo reflejaba en una colección; primero de cuadernos de notas, después de documentos guardados en *pen drive*. Permanecía toda la noche a la intemperie, analizando cada rincón gracias a su potente mirada, era como si tuviera integrados en las retinas los más potentes objetivos telescópicos, y podía pasar horas y horas surcando el cosmos. Físicamente no se movía de su pequeña parcela en el jardín, pero su alma bailaba con los misterios del universo. No permanecía mucho tiempo en la misma ciudad, era un hombre errante que solía moverse por todo el mundo para tener perspectivas diferentes y analizar siempre un poco más allá.

Lo que más le gustaba al viejo Maestro de su trabajo era organizar la carrera anual de estrellas fugaces. Eran pequeñas rocas espaciales, traviesas y juguetonas que se alejaban de su mamá para viajar por su cuenta. Para controlarlas y darles cierta libertad, el Maestro decidió organizar estas carreras tan celebradas como admiradas tanto en la Tierra como en todo el cosmos. En ese momento, se tomaba algunas libertades como por ejemplo, darles petos de colores a los mejores corredores de la galaxia para que desde la Tierra pudieran disfrutar de un destello diferente producido en el firmamento. Estas estrellas, dejaban una estela luminosa y colorida tras de sí durante su carrera. Abajo, en el planeta, los humanos se congregaban en lugares alejados de las ciudades y se maravillaban por el espectáculo. Mientras, allí arriba se celebraba un verdadero festival en el que las estrellas más rápidas conseguían el premio «bólide del año» .

Así era el trabajo de nuestro particular controlador astronómico, año tras año... siglo tras siglo su inmortalidad así se lo aseguraba; vigilaba y procuraba que todo el universo estuviera en un perfecto orden hasta que un día, algo cambió. Durante su inspección nocturna y mientras realizaba el recuento de estrellas habitual, advirtió que había una menos. Un pequeño astro joven de pocos años de vida había desaparecido sin dejar rastro alguno. Dudó. Pues era imposible que aquella estrellita hubiera muerto, él lo sabría. Ya que con cada estallido que indicaba el fin de un astro, el Maestro sentía un pequeño temblor en el alma, el corazón le daba un brinco y le dolía la cabeza durante horas. Eso no había ocurrido, por lo que el pequeño astro seguía vivo en algún lugar del firmamento.

Sin perder tiempo, el viejo Maestro analizó cada rincón del cielo nocturno con la esperanza de hallar una lucecita en la oscuridad, pero no fue así. Los nervios del anciano aumentaban con el paso de las horas, pronto amanecería y habría fallado en su misión, por lo que debía darse prisa. Preguntó a todas las estrellas, las solitarias y las que formaban parte de alguna constelación y la respuesta fue negativa en todos los casos. ¡Aquel lucero se había apagado sin que nadie se diera cuenta!

El hombre agudizó aún más la vista, pero el paso del tiempo había hecho mella en su exagerada y milagrosa visión, por lo que no se lo pensó dos veces; hizo la maleta y puso rumbo a un nuevo atardecer. Así, recorrió varios países y continentes, descansando de día y viajando de noche, como un fantasma nocturno. Analizando cada rincón del cielo oscuro a su paso. Preguntando aquí y allá, a esta nebulosa, a este asteroide gruñón, revisó la Vía Láctea una y otra vez y mantuvo una larga conversación con la luna, pero nada. Incluso habló con un cuásar que encontró justo en el límite de lo que alcanzaba su visión, al acercarse un poco, tuvo que cerrar los ojos, pues el brillo de esta pequeña fuente de energía era extremadamente potente. El cuásar tampoco sabía nada. Ni rastro de la estrella perdida.

Para colmo, el orden en el firmamento se tornó un caos. Igual que una clase de niños sin profesor. A Alnitak, Alnilam y Mintaka, las tres brillantes estrellas que forman el cinturón de Orión se les habían unido cuatro estrellas que titilaban con más intensidad incluso. La Osa Menor había crecido y ahora ocupaba

más espacio del debido. Perseo y Andrómeda se habían enredado y los malhumorados meteoroides estaban a punto de realizar un acto suicida. De pronto, parecía que la desaparición de aquella minúscula estrella hubiera provocado un desorden tan abrumador que podía ocasionar el fin del universo entero.

El pobre Maestro no tuvo más remedio que abandonar la búsqueda y centrarse en el descontrol organizado. Había descuidado su principal labor por una pequeñez y ahora el problema se había hecho muy grande. Pero... ¿realmente era tan importante encontrar a esa pequeña estrella? En realidad no era más que un nuevo astro surgido hacía poco y que no tenía ninguna cualidad especial. No resaltaba por su brillo, ni por su color, ni por su localización. Simplemente, era una estrella más. Un puntito minúsculo en mitad de la noche. Sin embargo... tal vez... con el paso de los años, aquella insignificante estrella suscitara algún tipo de interés. Quizá alguien la viera una noche a través de su telescopio y le pidiera un deseo. Quizá fuera algo más... Tal vez por ese motivo, el viejo Maestro le procuró tanta atención, por esa incertidumbre. Ese « y si... » que a todos nos asalta de vez en cuando.

El anciano regresó a su casa y, por el camino, reparó el caos que se había formado. Volvió atrás y enmendó los errores cometidos. Convenció a los rebeldes para que no se inmolaran contra la Tierra, separó a Perseo y a Andrómeda y les prometió una noche de amor al año, para que durante ese tiempo pudieran abrazarse todo lo que quisieran. Despejó el cinturón cargado que Orión llevaba en la cintura y menguó el tamaño de la Osa Menor. Pero todo ello lo hizo sin ánimo alguno. Intentó limpiar la basura espacial acumulada en algunas zonas, pero se mareó tanto que tuvo que dejarlo. Estaba tan abatido que solo podía pensar en una cosa; el verdadero sentido de su vida. Llevaba la eternidad entera dedicado a ese oficio. Alguna vez había metido la pata, claro... pero nunca se le había perdido una estrella. ¿Dónde estaría? Jamás se había preguntado el porqué de su misión, pero en ese momento, no dejaban de surgirle preguntas y más preguntas. Estaba cansado.

Al llegar a casa se llevó una inesperada sorpresa. Había un pequeño bulto justo en la entrada del porche que se movía de forma intermitente. El hombre se acercó temeroso, pues con los años y tras vivir multitud de conflictos armados, se había vuelto desconfiado del ser humano. Un poco más cerca... un

poco más... y el último de sus pasos lo colocó justo enfrente del pequeño bulto envuelto en sábanas. Destapó la tela con suspicacia y al descubrir el interior casi se quedó ciego. Un destello de luz blanca y potente iluminó la oscuridad de la noche durante un segundo y después, se atenuó despacio hasta que, por fin, el viejo Maestro pudo ver lo que escondían las sábanas. Un bebé. Una niña con la piel blanca y brillante cuyos ojos parecían guardar todas las respuestas a las preguntas que atormentaban al viejo. Aquellos ojitos almendrados titilaban igual que las estrellas más brillantes.

Entonces, el Maestro de las estrellas comprendió que aquel lucero pequeño desaparecido había estado allí todo el tiempo y entendió también que su inmortalidad había terminado.

Crió y cuidó a la pequeña niña como si fuera su hija, en cierto modo, lo era ya que con los años y llegado el momento, ella sería la nueva Maestra. Viajaron juntos por el cosmos cada noche y conforme iban pasando los años, el anciano se sentía más orgulloso de aquella pequeña estrella desaparecida. Al mismo tiempo, tomaba consciencia de que su final estaba próximo.

Hace un tiempo que el Maestro ya no está, pero su esencia mística sigue viva tanto en la Tierra como en la inmensidad del cosmos. Porque incluso las estrellas más brillantes mueren, pero aun así después de eso, nosotros podemos percibir su luz.

Ahora, el orden del universo está en manos de una mujer pizpireta interesada por la ciencia y la cultura; una mujer de aspecto normal que pasaría desapercibida en cualquier sitio. No tiene nombre, pero todos la llaman Maestra.

"¿El abuelo Luis?" Preguntó Luis a su hermano Emilio. Pues sí, su bisabuelo Luis Aguado fue topógrafo. Lo preguntaba mirando una foto que colgaba en la pared, delante de otra enmarcada y antigua de sus padres. Sí, en blanco y negro posaba el matrimonio. No miraban al fotógrafo. Posaban hacia la derecha cada uno a su manera. Parecía un montaje. Él delante de ella. En negro, como de luto riguroso, una foto de tono triste que inspiraba poco romanticismo. El bisabuelo Luis aparecía con un gran mostacho. Se veía flaco con una nariz puntiaguda, elegante y guapo. Lucía semejaba una mujerona bien alimentada o sea, oronda. Una pareja de la época y él, uno de los primeros topógrafos del Instituto Geográfico y Estadístico.